

## ORGULLO Y PREJUICIO CAPÍTULOS 52-61

### Capítulo 52

Lizzy tuvo la satisfacción de recibir muy pronto contestación a su carta. Apenas le fue entregada, corrió al sotillo, donde resultaba menos probable que nadie la interrumpiese, se sentó en un banco y se dispuso a disfrutar de las buenas noticias, pues la extensión de la misiva así se lo sugería.

Gracechurch street, 6 de septiembre

MI QUERIDA SOBRINA:

Acabo de recibir tu carta y voy a dedicar toda la mañana a contestarla, pues pienso que una breve exposición no sería suficiente para comunicarte cuanto tengo que decir. Te confieso que tu pregunta me sorprende; no la esperaba de ti. No te incomodes, pues sólo deseo hacerte saber que no imaginaba que semejantes indagaciones fuesen necesarias para tu padre. Si no quieres entenderme, perdona mi impertinencia. Tu tío está tan sorprendido como yo, y sólo la creencia de que eras parte interesada le habría permitido obrar como lo ha hecho. Pero por si en realidad eres inocente o ignorante, seré más explícita. El mismo día en que llegué de Longbourn tu tío había tenido una visita muy inesperada. Mr. Darcy vino y estuvo encerrado con él varias horas. Todo estaba arreglado cuando yo llegué; así que mi curiosidad no se vio tan horriblemente atormentada como la tuya parece estarlo. Vino a decir a Gardiner que había descubierto dónde se encontraban Wickham y tu hermana, que los había visto y que había hablado con los dos; varias veces con Wickham, sólo una con tu hermana. Por lo que puedo colegir, abandonó el condado de Derby sólo un día después que nosotros, y vino a la capital con la intención de buscarlos. El motivo confesado era su convicción de que a él se debía el que el descrédito de Wickham no hubiera sido conocido al extremo de que resultase imposible que cualquier muchacha normal se enamorara de él. Con noble generosidad imputó todo a su ciego orgullo, confesando que antes había juzgado indigno de su persona hacer públicos los actos de Wickham; su propia conducta hablaría por él. Pero ahora advertía que su deuda aumentaba, y trataba de remediar un daño que él mismo había ocasionado. Si tenía otro motivo, supongo que no sería deshonoroso. Había pasado algunos días en la capital sin poder descubrirlos, pero disponía de algo que podía guiarlo en sus pesquisas, y que nosotros desconocíamos. Parece que hay una señora, una tal Mrs. Younge, que tiempo atrás fue aya de Miss Darcy y hubo de ser destituida de su cargo por algún motivo censurable, aunque él no nos dijo cuál. Al ocurrirle esto, alquiló una amplia casa en Edward Street y desde entonces se ganaba la vida realquilando habitaciones. Esta Mrs. Younge se hallaba, según se enteró Darcy, en íntima relación con Wickham, y a ella acudió en busca de noticias de éste en cuanto llegó

#### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página.*



a la capital. Pero pasaron dos o tres días antes de que pudiese obtener de ella lo que necesitaba. Supongo que la mencionada señora no quería traicionar la confianza que habían depositado en ella los fugitivos, a menos que mediara una buena recompensa, pues lo cierto es que sabía dónde se encontraba su amigo. Wickham, en efecto, había acudido a ella a su llegada a Londres, y si hubiera podido recibirles en su casa habrían tenido alojamiento allí. Pero al cabo nuestro amable amigo consiguió la dirección que buscaba. Estaban en la calle de \*\*\*. Vio a Wickham, y después insistió en ver a Lydia. El objeto de esto último era, como reconoció, persuadirla de que reflexionara sobre su desgraciada situación y volviese junto a su familia en cuanto ésta estuviese dispuesta a admitirla, y ofreciéndole para ello todo el apoyo necesario. Pero encontró a Lydia resuelta a seguir donde estaba. Su familia no le importaba; la ayuda que él le ofrecía, no la necesitaba; no quería oír nada referente a abandonar a Wickham; estaba convencida de que más tarde o más temprano se casarían, y no le importaba mucho saber cuándo. Siendo éstos sus sentimientos, Darcy comprendió que sólo restaba facilitar y asegurar el matrimonio, ya que, en su primer diálogo con Wickham, supo que tal cosa no entraba en sus planes. Wickham se confesó obligado a abandonar su regimiento por ciertas deudas de honor que lo atosigaban; no tuvo escrúpulos en hacer recaer sólo sobre el atolondramiento de Lydia las malas consecuencias de su huida, y en cuanto a su futura situación, poco podía prever, salvo que tenía que irse a alguna parte, pero no sabía adónde, y reconocía que no contaba con medios económicos. Mr. Darcy le preguntó por qué no se había casado de una vez con tu hermana. Aunque imaginaba que Mr. Bennet no era muy rico, algo habría podido hacer por él, y el matrimonio habría significado una mejora para su situación. Pero en la respuesta a esta pregunta advirtió que Wickham acariciaba todavía la idea de obtener más sólida fortuna casándose con otra muchacha. Con todo, en las circunstancias en que se veía no parecía dispuesto a resistir la tentación de aceptar un remedio inmediato. Se entrevistaron muchas veces, porque había mucho que discutir. Wickham, desde luego, necesitaba más de lo que podía conseguir, pero al fin se vio obligado a entrar en razón. Cuando todo estuvo convenido entre ellos, el primer paso de Mr. Darcy fue informar de todo ello a tu tío, y entonces vino por primera vez a Gracechurch Street la tarde anterior a que yo llegase a casa. Pero Gardiner no pudo verlo, y Mr. Darcy supo, gracias a posteriores averiguaciones, que Mr. Bennet seguía aún con él, pero que iba a abandonar la capital a la mañana siguiente. No juzgó que tu padre fuera persona con quien poder tratar de esto tan bien como con tu tío, y al punto retrasó su entrevista hasta que aquél se hubiese marchado. No dejó, pues, su nombre, y hasta el día siguiente sólo se supo que un caballero había venido por cuestión de negocios. El sábado volvió a presentarse. Tu padre se había ido, tu tío estaba en casa, y como te he dicho, tuvieron mucho de que hablar. Se reunieron de nuevo el domingo, y entonces yo también lo vi. No estuvo todo decidido hasta el lunes, que fue cuando se envió un recadero a Longbourn. Pero nuestro visitante se mostró



muy obstinado. Ten por seguro, Lizzy, que la obstinación es el verdadero defecto de su carácter. Ha sido acusado de muchas faltas en diferentes ocasiones, pero ésa es la única verdadera. Nada debía hacerse que no hubiera de hacerlo él mismo; aunque estoy segura (y no lo digo para que lo agradezcas, de modo que no hables de ello) de que tu tío lo habría arreglado todo al instante. Durante largo rato estuvieron batallando, que fue mucho más de lo que ni el caballero ni la dama en cuestión merecían. Pero al cabo tu tío se vio obligado a ceder, y en vez de permitírsele que fuera útil a su sobrina, tuvo que resignarse a aparentarlo, aunque a regañadientes. Creo que en realidad tu carta le ha proporcionado gran placer, porque la explicación que pides servirá para poner las cosas en su sitio y hacer que el elogio recaiga en quien lo merece. Pero, Lizzy, te pido que esto no salga de nosotras dos, a lo más, de Jane. Supongo que sabes suficientemente bien lo que se ha hecho por ese joven. Sus deudas, que creo que ascienden a una suma superior a mil libras, van a ser satisfechas; otras mil se han añadido a la dote de Lydia, y el empleo de él ha sido comprado. Las razones por las cuales Mr. Darcy ha hecho todo esto son las que te he expuesto con anterioridad: debíase a él, a su reserva y falta de consideración, que no se supiese quién era Wickham en realidad, lo cual hizo que éste gozara de un aprecio y una consideración que no merecía. Acaso haya alguna verdad en esto, aunque dudo que su reserva, ni la reserva de nadie, pueda ser responsable de semejante cosa. Pero a pesar de sus buenas palabras, mi querida Lizzy, puedes estar segura de que tu tío jamás lo hubiera consentido de no haber supuesto todos nosotros que a Mr. Darcy lo impulsaba «otro interés». Cuando todo estuvo resuelto, volvió otra vez junto a sus amigos, que seguían todavía en Pemberley, pero prometió que estaría en Londres para la boda y que todas las cuestiones de dinero se solventarían entonces. Creo que ya te lo he contado todo. Supongo que estas revelaciones te sorprenderán, pero, al mismo tiempo, espero que no te cause ningún desagrado. Lydia vino a nuestra casa y Wickham ha tenido constante acceso a ella. Se ha comportado tal como lo hacía en el condado de Hertford; mas no quisiera referirme a lo poco satisfecha que he quedado con la conducta de ella durante su permanencia con nosotros, si no hubiera notado, por la carta de Jane que recibí el miércoles, que su proceder al llegar a vuestra casa ha sido exactamente el mismo, por lo cual lo que ahora te diga no habrá de extrañarte. Le hablé repetidas veces, del modo más serio, de la desgracia que había acarreado a su familia. Si me oyó, sería por casualidad, porque estoy convencida de que no me atendía. En ocasiones me sentí al borde de la indignación, pero entonces me acordaba de mis queridas Lizzy y Jane, y en atención a ellas me revestía de paciencia. Mr. Darcy fue puntual en su regreso, y, como os dijo Lydia, asistió a la boda. Comió con nosotros al día siguiente, e iba a salir de la capital el miércoles o jueves. ¿Te disgustarás conmigo, querida Lizzy, si aprovecho esta oportunidad para decirte, y perdona mi atrevimiento, lo mucho que me gusta? Su conducta con nosotros ha sido tan agradable como cuando estábamos en el condado de Derby. Su inteligencia, sus opiniones, todo me es



grato; no le falta más que un poco de buen humor, y eso, si se casa prudentemente, su mujer se lo podrá enseñar. Lo he encontrado muy reservado, y apenas mencionó tu nombre. Pero la reserva parece estar de moda. Te suplico que me dispenses si he sido muy presumida, o por lo menos que no me castigues hasta el punto de excluirme de P. Nunca seré por completo feliz hasta que haya dado la vuelta entera al parque. Un faetón bajo con un bonito par de jacas sería ideal. Pero no puedo escribirte más. Los niños me han estado echando de menos durante la última media hora

M. Gardiner.

Lizzy no atinaba a decidir si el estado de agitación que le produjo la lectura de la carta se debía a la alegría o a la pena. Quedaban probadas las vagas e indeterminadas sospechas que su incertidumbre sobre lo que Darcy hiciera para llevar adelante el casamiento de su hermana había hecho nacer, sospechas que había temido alentar por referirse a actos bondadosos demasiado grandes para ser probables, y que, al mismo tiempo, temió que se debieran al hecho de que debería humillarse al quedar agradecida. Darcy los había seguido expresamente a la capital, había emprendido la molesta tarea de buscarlos, en la que había sido necesaria la súplica a una mujer a quien debía de abominar, y donde se había visto obligado a tratar con frecuencia, a persuadir, y a la postre a sobornar, al hombre a quien más habría deseado evitar, cuyo solo nombre le repugnaba. Todo lo había hecho en beneficio de una muchacha por quien no podía interesarse y a quien no podía estimar. A Lizzy el corazón le decía que lo había hecho por ella, pero la esperanza era reprimida por otras consideraciones, y pronto reconoció que alimentaba su vanidad pretendiendo explicar el hecho por un afecto hacia una mujer que lo había rechazado; afecto que, de existir, tendría que ser capaz de sobreponerse a sentimiento tan natural como el odio a emparentar con Wickham. ¡Ser cuñado de Wickham! Cualquier clase de orgullo tenía que revolverse contra ese vínculo. Ciertamente que él había hecho mucho, y Lizzy estaba avergonzada de lo mucho que esto suponía; pero había dado una razón para intervenir, que no exigía extraordinario esfuerzo para ser creída. Era razonable pensar que Darcy había comprendido su error; era liberal y se hallaba en situación para serlo; y aun sin tenerse Lizzy por el principal motivo de su conducta, cabía pensar que sintiese todavía cierto interés por ella. Era penoso, extraordinariamente penoso haber contraído una deuda de gratitud con una persona a la que nunca podría recompensar. A él debían la salvación de Lydia, su buena reputación. ¡Cuánto lamentaba haber abrigado sentimientos tan ingratos contra él, todas las palabras insolentes que le dirigiera! Estaba avergonzada de sí misma, pero orgullosa de Darcy; orgullosa porque en un asunto en que estaba en juego la honra de una mujer, no habría podido actuar mejor. Leyó una y otra vez el elogio que de él hacía su tía, y aunque no lo encontraba suficiente, le agradó. Sentía una mezcla de placer y pena al ver cuánta seguridad abrigaban sus tíos de que subsistía el afecto y la confianza entre Darcy y ella.

Se puso de pie y salió de su meditación al notar que alguien se aproximaba, y antes de que pudiera llegar a otro sendero fue sorprendida por Wickham, quien le dijo:

—Temo interrumpir tu solitario paseo, querida hermana.?"

—Así es, en verdad —replicó ella con una sonrisa—. Pero eso no significa que la interrupción sea mal recibida.

—Mucho sentiría que lo fuese. Nosotros siempre hemos sido buenos amigos.

—Cierto. ¿Han salido los demás.

—No lo sé. Mrs. Bennet y Lydia han ido en coche a Meryton. Y bien, querida hermana, sé por nuestros tíos que hace poco has estado en Pemberley.

Ella contestó afirmativamente.

—Casi te envidio por ello, y aun creo que, si eso no fuera excesivo para mí, pasaría por allí en mi viaje a Newcastle. Supongo que verías a la anciana ama de llaves. ¡Pobre Reynolds! Siempre me quiso mucho. Pero, por supuesto, no mencionaría mi nombre delante de vosotros.

—Sí, lo hizo.

—Y qué dijo?

—Que te habías marchado el Ejército y que temía que no te hubiera ido bien. Desde tan lejos, comprendes, las cosas parecen muy distintas de lo que en realidad son.

—Cierto," contestó él, mordiéndose los labios,

—Me ha sorprendido ver a Darcy el mes pasado en la capital. Estuvimos juntos muchas veces. Me pregunto qué habrá estado haciendo allá.

—Quizá preparando su boda con Miss de Bourgh —dijo Lizzy—. Debe de ser raro encontrarle allí durante esta estación.

—Sin duda. ¿Lo viste mientras estuvisteis en Lambton? Creo haber oído decir a los Gardiner que sí.

—Sí; nos presentó a su hermana.

—¿Y la encontraste simpática?

—Muchísimo.

—Se comenta que en estos últimos dos años ha mejorado extraordinariamente. La última vez que la vi no prometía mucho. Celebro que la encontraras agradable. Confío en que todo le irá bien.

—Me atrevo a decir que así será; ha superado la edad más difícil.

—¿Pasaste por el pueblo de Kimpton?



—No me acuerdo.

—Lo menciono porque es la parroquia que me correspondía. ¡Qué sitio tan delicioso! ¡Excelente abadía! ¡Me habría convenido desde todos los puntos de vista!

—¿Te hubiera gustado echar sermones?

—Mucho. Lo habría considerado como parte de mis obligaciones, y pronto habría sido nulo el esfuerzo de prepararlos. No debe uno quejarse, pero ten por cierto que eso habría sido a propósito para mí. La quietud, el retiro de semejante vida habrían colmado mis ideas de felicidad. ¡Pero no había de ser! ¿Has oído hablar a Darcy de ello cuando estuviste en Kent?

—¿Has oído eso? Sí, algo había de eso. Recordarás que te lo conté cuando hablamos de ello por primera vez.

—También oí que hubo un tiempo en que el echar sermones no era para ti cosa tan grata como parece serlo ahora; que entonces declaraste tu resolución de no ordenarte nunca, y que el asunto se zanjó en armonía.

—Pues no deja de ser cierto. Debes recordar lo que te dije sobre el particular.

Estaban ya casi ante la puerta de la casa, pues Lizzy había seguido andando deprisa para librarse de él, y como no quería que se enfadase, en atención a su hermana, con sonrisa le dijo,

—Bien, Wickham, ahora somos hermanos, ¿sabes? Olvidemos el pasado. Espero que en adelante siempre estemos de acuerdo.

Le ofreció la mano, él la besó con afectuosa galantería, aunque apenas sabía qué cara poner, y entraron en la casa.

*¿Qué temas has  
identificado?*

*¿Cuál es el tono  
general de la novela  
hasta ahora?*



## Capítulo 53

Wickham quedó tan satisfecho con esta conversación, que nunca más volvió a mencionarla ni provocó a su cuñada Lizzy con nuevas insinuaciones, y ella se alegró de haber dicho lo suficiente para que se mostrase discreto.

Pronto llegó el día de la partida de Wickham y Lydia, y Mrs. Bennet se vio forzada a una separación que tenía visos de continuar por lo menos un año, ya que de ningún modo entraba en los planes de su marido el que la familia fuese a Newcastle.

—¡Ah mi querida Lydia! —exclamaba—. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—¡Dios mío! No lo sé; acaso en dos o tres años.

—Escríbeme a menudo, querida mía.

—Tan a menudo como pueda. Pero ya sabes que las mujeres casadas nunca disponen de mucho tiempo para escribir. Mis hermanas son quienes podrán escribirme; no tendrán otra cosa que hacer.

La despedida fue mucho más afectuosa por parte de Wickham que de su mujer. Sonrió con simpatía y dijo frases encantadoras.

—Es un muchacho tan agradable —dijo Mrs. Bennet en cuanto los recién casados se marcharon—. Jamás he conocido otro igual. Sonríe y nos hace la corte a todos. Me siento orgulloso de él. Ni el mismísimo William Lucas resultaría mejor yerno.

La pérdida de su hija sumió a Mrs. Bennet en una profunda tristeza por algunos días.

—Siempre he creído —decía— que no hay nada peor que separarse de las personas queridas. ¡Una se siente tan desamparada sin ellas!

—Pues ya lo ves; ésa es una consecuencia de casar a las hijas —dijo Lizzy—. Te servirá de consuelo el que las otras cuatro sigamos solteras.

—Nada de eso. Lydia no me abandona por haberse casado, sino porque el regimiento de su marido está lejos. Si hubiera estado más cerca, no se habría marchado tan pronto.

Pero la aflicción en que la sumió el suceso se alivió pronto, pues se entregó de nuevo a la esperanza a causa de una serie de noticias que por entonces comenzaron a circular. El ama de llaves de Netherfield había recibido órdenes de prepararse para la llegada de su amo, quien arribaría en dos o tres días para dedicarse a cazar durante unas semanas. Mrs. Bennet estaba sobre ascuas. Miraba a Jane y, alternativamente, sonreía y sacudía la cabeza.

—Bien, bien, conque viene Mr. Bingley, ¿eh, hermana? —le dijo Mrs. Philips cuando llegó con la noticia—. Pues mejor. No es que me interese mucho, en realidad. Sabes que nada tiene que ver con nosotros, y es bien seguro que no necesitaremos volver a verlo. Sin embargo, será muy bien

### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página.*



recibido en Netherfield si le apetece venir. Y ¿quién sabe lo que pueda acontecer? No ignoras que hace tiempo convinimos en no decir palabra de eso. Pero ¿es seguro que viene?

—Puedes darlo por cierto —replicó Mrs. Bennet—, porque Mrs. Nichols estuvo en Meryton ayer por la tarde; la vi pasar y salí a fin de averiguar algo, y me dijo que sí, que era la pura verdad. Llega el jueves, puede incluso que el miércoles. Añadió que iba a la carnicería a encargar más carne para el miércoles y seis patos en condiciones de ser sacrificados.

Jane no quiso oír hablar de la llegada de Bingley sin ruborizarse. Hacía muchos meses que no mencionaba su nombre a Lizzy, pero en cuanto se encontraron a solas, le dijo:

—He notado, Lizzy, que hoy, cuando la tía hablaba de la noticia del día, me mirabas; y sé que te habré parecido triste, pero no creas que es a causa de una necesidad. Quedé confusa por un instante porque comprendí que sería observada. Te aseguro que la noticia no me causa alegría ni tristeza. Sin embargo me alegro de que venga solo, porque así lo veremos menos. No es que tenga miedo de mí misma, pero me molestan los comentarios de los demás.

Lizzy no sabía qué pensar. De no haberlo visto en el condado de Derby, lo habría creído capaz de venir tan sólo por el motivo que se aseguraba, pero aún lo juzgaba interesado por Jane, y hasta se arriesgaba a la probabilidad de que viniera con autorización de su amigo o fuese lo bastante atrevido para hacerlo sin ella.

¡Es decir, pensaba a veces, que este pobre hombre no puede venir a una casa alquilada legalmente sin provocar gran expectación! Preferiría no saber nada de él.

A pesar de lo que su hermana declaraba, y ella creía que eran sus verdaderos sentimientos, Lizzy advirtió que a Jane la afectaba el arribo de Bingley. Estaba más turbada, más desconcertada que nunca.

El tema sobre el que tan apasionadamente habían discutido hacía un año sus padres, surgió ahora de nuevo.

—Querido mío; supongo que en cuanto Mr. Bingley llegue, le harás una visita.

—Ni soñarlo. Me obligaste a ello el año pasado, prometiéndome que si lo hacía se casaría con una de mis hijas. Pero como eso acabó en nada, no quiero dar más pasos en balde.

Su mujer insistió en la necesidad de que todos los caballeros de la vecindad lo visitasen cuando llegara a Netherfield.

—Eso es una etiqueta que desprecio —replicó él—. Si necesita nuestra compañía, que la busque; ya sabe dónde vivimos. No puedo perder tiempo yendo detrás de mis vecinos cada vez que llegan o parten.

—Bien, lo único que sé es que será una descortesía no visitarlo. Por mi parte, estoy decidida a invitarlo a comer. En breve vendrán Mrs. Long y los Goulding, y como éstos harán trece con nosotros, habrá lugar en la mesa para él.



Consolada con esta resolución, soportó mejor la falta de cortesía de su esposo, por más que resultase muy mortificante que, debido a ello, todos sus vecinos pudieran ver antes a Bingley. Al aproximarse el día de la llegada, Jane dijo a Lizzy:

—Después de todo, empiezo a lamentar el que venga. Sé que podré comportarme con absoluta indiferencia, pero no soporto que se hable de él constantemente. Las intenciones de mamá son buenas, pero nadie sabe cuánto me hace sufrir lo que dice. Seré feliz cuando haya terminado su estancia en Netherfield.

—Querría poder consolarte —dijo Lizzy— pero comprende que me esulta imposible. Ni siquiera puedo aconsejarte paciencia, porque sé que no hay quien te supere en eso.

Bingley llegó. Mrs. Bennet trató de obtener, con ayuda de las criadas, las primeras noticias, sin duda para que el período de ansiedad e irritación por su parte fuese lo más largo posible. Contaba los días que debían transcurrir para enviarle su invitación, ya que no abrigaba esperanzas de verlo antes. Pero a la tercera mañana de la llegada de Bingley al condado, vio desde la ventana de su tocador que él franqueaba la verja y se dirigía a caballo hacia la casa.

Llamó al instante a sus hijas para que compartieran su alegría. Jane, con resolución, siguió sentada a la mesa, pero Lizzy, para satisfacer a su madre, se acercó a la ventana, miró y vio que Darcy venía con él, tras lo cual volvió a ocupar su silla al lado de su hermana.

—Mamá, viene otro caballero con él —dijo Kitty—. ¿Quién podrá ser?

—Supongo que algún amigo suyo, querida. Estoy segura de que no lo conozco.

—¡Fíjate! —exclamó Kitty—. Se parece a aquel señor que antes solía estar con él. ¿Cuál es su nombre? Aquel señor alto y orgulloso...

—¡Dios mío! ¿Te refieres a Mr. Darcy? Y así es en verdad. Bueno, cualquier amigo del señor Bingley siempre será bienvenido en esta casa. De otro modo, habría de confesar que preferiría no verlo.

Jane miró a Lizzy con sorpresa y preocupación. No sabía sino muy poco de su encuentro en el condado de Derby, y, por consiguiente, comprendía el horror que sentiría su hermana al verlo por primera vez después de recibir su carta aclaratoria. Ambas hermanas estaban intranquilas, cada una sufría por la otra y, como es natural, por sí mismas. Su madre seguía hablando de lo mucho que le disgustaba ver a Darcy y de su resolución de mostrarse cortés con él sólo porque era amigo de Bingley, pero ni Jane ni Lizzy la escuchaban. Ésta, sin embargo, tenía motivos para sentirse inquieta y que Jane no podía sospechar, pues no conocía la carta de Mrs. Gardiner, como tampoco estaba al corriente de lo mucho que habían cambiado sus sentimientos hacia él. Para Jane Darcy era el hombre cuyas proposiciones Lizzy había rechazado y cuyos méritos había menospreciado. Pero para Lizzy se trataba de la persona a quien toda la familia debía el mayor de los favores, y a quien ella misma miraba con un interés, si no tan tierno, por lo menos tan razonable y justo como el que Jane sentía por Bingley. Su asombro ante su presencia en



Longbourn, que acaso significara un interés por ella, era casi igual al experimentado en el condado de Derby al percibir su cambio de conducta.

Tras palidecer, Lizzy se ruborizó, y una sonrisa de placer añadió brillo a sus ojos al pensar que el afecto y las ansias de él debían de seguir iguales. Pero no quería darlo por seguro.

Veré primero cómo se conduce, pensó. Luego será tiempo de abrigar esperanzas.

Se esforzó por mostrarse tranquila, y no osó levantar los ojos hasta que su creciente curiosidad la obligó a mirar el rostro de su hermana al acercarse la criada a la puerta. Jane estaba algo más pálida que de ordinario, pero más sosegada de lo que Lizzy había supuesto. Al aparecer los caballeros, sus mejillas se encendieron, pero los recibió con bastante soltura y de manera tan libre de síntomas de resentimiento como de inoportuna complacencia.

Lizzy habló con ellos lo mínimo que la educación exigía, y se sentó de nuevo a continuar su labor. Sólo se aventuró a lanzar una mirada a Darcy. Éste permanecía tan serio como de costumbre, y ella lo tuvo por más parecido a lo que fuera en el condado de Hertford que a lo que había sido en Pemberley. Pero quizá en presencia de su madre no podía comportarse como delante de sus tíos. Tal suposición era penosa, pero no improbable.

Miró también por un instante a Bingley, y le pareció complacido y turbado a la vez. Mrs. Bennet lo había recibido con unas muestras de cortesía que avergonzaron a sus dos hijas, en especial por el contraste que ofreció con la fría y ceremoniosa manera con que saludó y trataba a Darcy.

En particular, Lizzy, que sabía cómo debía su madre a Darcy la salvación de su hija predilecta de una infamia irremediable, se ofendió y entristeció por tan desdichada distinción.

Darcy, después de preguntar cómo se encontraban Mr. y Mrs. Gardiner, pregunta que ella no supo contestar sin turbación, apenas dijo nada. No estaba sentado al lado de ella, y acaso a eso se debiera su silencio; pero no había estado así en el condado de Derby. Allí, cuando no podía hablarle a ella hablaba con sus amigas, pero ahora transcurrieron varios minutos sin que pronunciara palabra, y cuando, incapaz de resistir los impulsos de la curiosidad, levantaba la vista hacia él, descubría que miraba más a Jane que a ella, y a menudo sólo al suelo. A las claras parecía más pensativo y menos deseoso de agradar que en el último encuentro. Por eso estaba descontenta y enfadábase consigo misma.

¿Podía esperar que estuviese de otro modo?, se decía. ¿Y no obstante, por qué ha venido?

Lizzy no estaba de humor para conversar con nadie sino con él, y apenas tenía valor para hacerlo. Lo único que se le ocurrió fue preguntarle por su hermana.

—Hace ya muchos meses que se marchó usted, Mr. Bingley —dijo Mrs. Bennet. Él convino en ello al instante.

—Empezaba a temer —continuó— que no volvería a verlo. La gente dice que proyecta abandonarnos definitivamente para instalarse en Michaelmas, pero aún confío en que no sea



verdad. Han ocurrido muchísimas cosas en la vecindad desde su marcha: Miss Lucas está casada y establecida, y también una de mis hijas. Supongo que lo habrá oído usted; seguro que lo ha leído en los periódicos; sé que publicaron la noticia en el Times y en el Courier, aunque no de la forma debida. Sólo decía: «Mr. George Wickham se ha casado con Miss Lydia Bennet», sin mentar a su padre, ni decir dónde vivía ella, ni nada. Mi hermano fue quien redactó la nota de prensa, y no acierto a comprender cómo cometió tamaña torpeza. ¿Lo leyó usted?

Bingley respondió que sí y le dio la enhorabuena. Lizzy no osaba levantar la mirada; y no pudo ver qué cara puso Darcy.

—Es delicioso tener una hija bien casada —prosiguió Mrs. Bennet—, pero al mismo tiempo, Mr. Bingley, es lamentable que se haya ido a vivir tan lejos. Se han marchado a Newcastle, punto muy al Norte según creo, y allí han de estar no sé cuánto. El regimiento de él tiene su asiento allí, porque supongo que habrá usted oído que ha dejado la milicia del condado, pasándose a los regulares. Gracias a Dios, todavía tiene algunos amigos, aunque quizá no tantos como merece.

Lizzy, conocedora de que lo último iba dirigido a Darcy, se sintió tan confusa que apenas pudo sostenerse en la silla. Con todo, hizo un esfuerzo por hablar y preguntó a Bingley si pensaba permanecer mucho tiempo en el campo. Él respondió que unas semanas.

—Cuando ya no le queden aves que cazar, Mr. Bingley —dijo Mrs. Bennet—, le suplico que venga y mate cuantas guste en nuestra propiedad. Estoy segura de que a mi marido le encantará poder complacerlo y dejará para usted lo mejor de sus nidadas.

El mal humor de Lizzy creció con tan innecesaria y oficiosa atención. Estaba convencida de que sus ilusiones y esperanzas acabarían, como el año anterior, de la misma desdichada manera. En aquel instante pensó que años enteros de felicidad no podrían compensar a Jane ni a ella de aquellos minutos de tan triste confusión.

Mi deseo más ferviente, se dijo a sí misma, es no encontrarme nunca más con ninguno de los dos. Su compañía no puede proporcionar placer que compense por desdichas como ésta. ¡Ojalá que no vuelva a verlos.

Pero esa desdicha que años de felicidad no podían compensar, se suavizó cuando observó que la belleza de su hermana volvía a excitar la admiración de su antiguo enamorado. Al entrar le había dirigido unas pocas palabras, pero a los cinco minutos parecía prestarle más atención. La encontraba tan bella como el año anterior, e igual de sensible y bondadosa, aunque no tan locuaz. Jane ansiaba que no se notase en ella diferencia alguna, y estaba convencida de que hablaba tanto como siempre; pero su mente se hallaba tan ocupada que no se percataba de su silencio.

Al ponerse de pie los caballeros para marcharse, Mrs. Bennet se acordó de sus proyectos y los invitó a comer en Longbourn a los pocos días.



—Me debe usted una visita, Mr. Bingley —añadió—, pues cuando partió para la capital el invierno pasado me prometió que comería con nosotros en cuanto regresase. Ya ve que no lo he olvidado, y le aseguro que tuve una gran decepción al ver que no volvía.

Bingley pareció desconcertarse un poco con esa reflexión, y expresó su excusa por haberse visto impedido de hacerlo a causa de sus negocios. Los dos se marcharon.

Mrs. Bennet había estado tentada de invitarlos a que se quedaran a comer, pero aun teniendo siempre buena mesa, no creía que dos platos fueran bastantes para un hombre sobre quien abrigaba tan ambiciosos planes, ni para satisfacer el apetito y el orgullo de un poseedor de diez mil libras anuales.

*¿Qué temas has  
identificado?*

*¿Cuál es el tono  
general de la novela  
hasta ahora?*



## Capítulo 54

En cuanto se marcharon, Lizzy salió a dar un paseo para cobrar ánimos, o, dicho en otras palabras, para meditar sobre las cosas que se los habían quitado. La conducta de Darcy la sorprendía y, al tiempo, hacía que se sintiese enfadada.

¿Por qué, pensaba, ha venido sabiendo que permanecería silencioso, con aire grave e indiferente?

Si con mis tíos podía mostrarse amable y complaciente, ¿por qué no conmigo? Si me temía, ¿a qué vino aquí? Y si nada le importaba ya, ¿por qué estuvo callado? ¡Qué hombre tan extraño! ¡No quiero pensar más en él!

Esta resolución la mantuvo, bien que por poco tiempo e involuntariamente, al acercarse a ella su hermana, cuyo alegre aspecto la revelaba más satisfecha con sus visitantes que Lizzy.

—Ahora que ha pasado este primer encuentro —le dijo—, me siento tranquila. Conozco mi fortaleza, y su presencia no volverá a desconcertarme. Me alegro de que venga a comer el martes, entonces se hará público que por ambas partes no somos más que meros conocidos.

—Conque meros conocidos, ¿eh? —repuso Lizzy entre risas—. ¡Ah, Jane, ten cuidado!

—Querida Lizzy, ¿acaso me crees tan débil como para considerar que me hallo en peligro?

—Creo que ahora corres, más que nunca, el riesgo de enamorarte.

No volvieron a ver a Bingley hasta el martes, y Mrs. Bennet, mientras tanto, fue abriendo paso a todos los venturosos planes que el buen humor y la constante amabilidad del caballero habían hecho revivir en media hora de visita.

El martes hubo en Longbourn una numerosa reunión, y los dos que con más ansia eran esperados llegaron puntuales. Cuando entraron en el comedor, Lizzy observó con atención para ver si Bingley ocupaba el sitio que en las anteriores reuniones le había correspondido al lado de su hermana; pero su prudente madre, que también había pensado en ello, se abstuvo de invitarlo a sentarse a su lado. Él pareció dudar, pero Jane acertó a mirar alrededor con una sonrisa, y la cosa quedó decidida: se sentó al lado de Jane.

Lizzy, satisfecha, miró a su amigo. Éste le devolvió la mirada con indiferencia, y habría imaginado que Bingley recibiera ya permiso de aquél para ser feliz si no hubiera visto sus ojos vueltos igualmente hacia Darcy con expresión risueña y un punto alarmada.

La conducta de Bingley para con su hermana durante la comida reveló la admiración que sentía por ella, admiración que, aunque más circunspecta que antes, convenció a Lizzy de que, si de él dependiese, la felicidad de Jane y de él mismo pronto estaría asegurada. Lizzy, que aún no se atrevía a confiar en el resultado, quedó muy satisfecha al observar ese comportamiento. Eso hizo que se animara, ya que no estaba de buen humor. Darcy se hallaba tan lejos de ella como

### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página.*



permitía la mesa, sentado al lado de Mrs. Bennet, y Lizzy decidió que aquello no convenía ni a él ni a su madre. No se encontraba lo bastante cerca para oír lo que decían, pero observó que apenas se dirigían la palabra y que, cuando lo hacían, se mostraban ceremoniosos y distantes. El desagrado que Mrs. Bennet sentía por Darcy hizo más penoso para Lizzy el recuerdo de lo que todos le debían, y en ocasiones habría dado lo que no tenía por gozar del privilegio de decir que la amabilidad de él no era ni desconocida ni despreciada por el resto de la familia.

Esperaba que la velada le proporcionase la ocasión de acercarse a él, que antes de que terminase podría cruzar con él otras palabras que aquellas con que lo había saludado al llegar. Ansiosa y desasosegada, los minutos que pasó en el salón antes de que llegaran los caballeros fueron hasta tal punto penosos, que casi resultó descortés. De la llegada de Darcy dependía que la velada fuese satisfactoria.

Si entonces no se acerca a mí, pensaba, me olvidaré de él para siempre. Los caballeros llegaron y ella creyó que él parecía responder a sus esperanzas; mas, ¡ay!, las damas se habían agrupado alrededor de la mesa donde Mrs. Bennet tomaba el té y Lizzy servía el café, y estaban tan juntas las unas de las otras que no quedaba ni un lugar que pudiera admitir una silla; y al acercarse los caballeros, una de las muchachas se aproximó más a ella y le dijo al oído:

—Los hombres no conseguirán separarnos, lo tengo decidido. ¿Quién necesita de ellos?

Darcy se dirigió hacia el otro extremo de la estancia. Lizzy lo seguía con la vista, envidiando a aquellas con quienes conversaba; apenas tenía paciencia para servir el café, y llegó a enfadarse consigo misma por ser tan necia.

¡Un hombre que ha sido rechazado!, pensó. ¿Cómo puedo ser tan necia para esperar que renazca su amor? ¿Hay uno solo de su sexo capaz de ceder hasta el extremo de hacer una segunda proposición a la misma mujer? Para un hombre no existe mayor indignidad.

Sin embargo, se sintió reanimada al ver que él se acercaba para devolverle su taza de té, y aprovechó la oportunidad para preguntarle:

—¿Está todavía su hermana en Pemberley?

—Sí, permanecerá allí hasta Navidad.

—¿Sola? ¿La han abandonado sus amigos?

—Mrs. Annesley está con ella; los demás se han ido por tres semanas a Scarborough.

A Lizzy no se le ocurrió qué más decir, pero si él hubiera deseado conversar, habría tenido éxito. Permaneció a su lado, no obstante, por minutos, aunque en silencio, y al cabo, cuando la muchacha comenzó a cuchichear con Lizzy, se marchó.

Cuando, tras retirar el servicio de té, se colocaron las mesas de juego, las mujeres se levantaron y Lizzy creyó verse pronto cerca de él, pero sus proyectos se desmoronaron al verlo caer víctima de la rapacidad de su madre por los jugadores de whist. En aquel momento perdió toda

Esperanza de felicidad. Pasaron la velada sentados en mesas diferentes, y solo esperaba que Darcy tuviera la ocurrencia de dirigir a menudo la mirada hacia ella, y que esto lo hiciera jugar igual de mal que en su caso.

Mrs. Bennet había proyectado tener a cenar a los dos caballeros de Netherfield, pero, por desgracia, éstos pidieron su coche antes que nadie, y no hubo manera de retenerlos.

—Bien, niñas —dijo en cuanto se encontraron solas—, ¿qué decís hoy? Os aseguro que, en mi opinión, todo ha ido a pedir de boca, la comida, tan bien presentada como cualquiera de las que he visto; el venado asado, en su punto, y todos decían que nunca saborearon carne tan deliciosa; la sopa, cincuenta veces mejor que la que nos sirvieron la semana pasada en casa de los Lucas; y hasta Mr. Darcy ha reconocido que las perdices estaban muy bien condimentadas, y eso que supongo que él tendrá dos o tres cocineros franceses. Y, por otra parte, querida Jane, jamás te he visto tan guapa; Mrs. Long lo confirmó cuando se lo pregunté. Y ¿qué crees que me dijo? «¡Ah, Mrs. Bennet, por fin estaremos en Netherfield!» De veras que lo dijo. Opino que Mrs. Long es una mujer encantadora, y sus sobrinas, muchachas muy bien educadas y no del todo feas; de hecho, me gustan mucho.

En suma, Mrs. Bennet se sentía muy animada. Había observado bastante el comportamiento de Bingley para con Jane y estaba convencida de que lo conseguiría al fin; sus esperanzas de prosperidad para su familia fueron hasta tal punto más allá de lo razonable, que al día siguiente se llevó una gran decepción al ver que no venía a declararse.

—Ha sido un día muy grato —dijo Jane a Lizzy—. Los invitados eran muy escogidos y cordiales. Supongo que volverá a repetirse. Lizzy sonrió.

—No hagas eso, Lizzy, que me disgusta. Te aseguro que ahora he aprendido a gozar de su conversación como de la de un muchacho agradable y sensible, sin desear nada más. Por su actual actitud, tengo la certeza de que jamás pretendió ganar mi afecto. Lo que sucede es que se ha enriquecido con gran dulzura de trato y mayor deseo de agradar, en general, que cualquier otro.

—Eres muy cruel —repuso su hermana—; no me permites sonreír y me invitas a hacerlo a cada momento.

—¡Cuán difícil es en algunos casos conseguir que a una le crean y cuán imposible en otros! Pero ¿por qué pretendes persuadirme de que siento más de lo que confieso?

—Ésa es una pregunta a la que no puedo contestar. Ambas queremos dar noticias, aunque revelando únicamente lo que no importa que los demás sepan. Perdóname, y si persistes en tu indiferencia, no me hagas tu confidente.

*¿Qué temas has identificado?*

*¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?*

## Capítulo 55

Pocos días después de la visita, Bingley volvió de nuevo, y solo. Su amigo lo había dejado aquella mañana para ir a Londres, pero regresaría a los diez días. Permaneció con ellas alrededor de una hora, y se mostró muy jovial. Mrs. Bennet lo invitó a comer con la familia, pero él lamentó no poder aceptar porque lo esperaban en otra casa.

—La próxima vez que venga —le dijo Mrs. Bennet— espero que seamos más afortunados.

—Tendría en ello especial gusto —contestó él, añadiendo que, si se lo permitían, aprovecharía la primera ocasión que se le presentase para visitarlos.

—¿Puede usted venir mañana?

—Sí, no tengo ningún otro compromiso —respondió al instante. Al día siguiente llegó tan temprano que las señoras aún no estaban vestidas. Mrs. Bennet corrió al cuarto de sus hijas en bata y exclamando:

—¡Querida Jane, date prisa y ve abajo! Ha venido Mr. Bingley. Es él, sin duda; date prisa, date prisa. ¡Aquí, Sarah!; ve a ayudar a Miss Jane a vestirse. No olvides el peinado de Miss Lizzy.

—Bajaremos en cuanto podamos —dijo Jane—; pero estoy segura de que Kitty será la primera en hacerlo, porque empezó a arreglarse hace media hora.

—¡Deja a Kitty ahora! ¿Qué tiene que ver ella con todo esto? Vamos, date prisa, ¿dónde está tu faja, querida?

Pero cuando su madre salió, Jane no se decidió a bajar sin alguna de sus hermanas. Idéntica ansiedad por retenerlo volvió a manifestar Mrs. Bennet durante la velada. Después del té Mr. Bennet se retiró a su biblioteca, como de costumbre, y Mary subió a tocar el piano. Habiendo desaparecido así dos obstáculos de los cinco, Mrs. Bennet se puso a mirar y hacer señas a Lizzy y Kitty, sin que al parecer éstas lo notaran. Lizzy no lo advirtió, y cuando al cabo lo hizo Kitty, exclamó con la mayor inocencia:

—¿Qué hay, mamá? ¿Qué quieres indicarme con esas señas? ¿Qué he de hacer?

—Nada, niña, nada. No te hacía señas.

Siguió, pues, sentada durante cinco minutos más; pero, incapaz de desperdiciar ocasión tan preciosa, se levantó de pronto, y diciendo a Kitty: «Ven, querida, tengo que hablarte», se la llevó a su habitación. Jane miró al instante a Lizzy, revelando su pesar por semejante marcha premeditada y suplicándole que no hiciera lo mismo.

Al cabo de pocos minutos, Mrs. Bennet abrió la puerta y dijo a Lizzy:

—Ven, querida, tengo que hablarte. Lizzy se vio obligada a salir.

### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página.*





—Dejémoslos solos, ¿entiendes? —añadió su madre en cuanto estuvieron en el vestíbulo—. Kitty y yo vamos arriba, a mi tocador.

Lizzy no osó discutir con su madre; pero siguió quieta en el vestíbulo hasta que ésta y Kitty se perdieron de vista, y entonces regresó al salón.

Los planes de Mrs. Bennet quedaron sin efecto aquel día: Bingley era muy gentil, pero estaba lejos de ser el novio declarado de su hija. Su franqueza y optimismo contribuyeron mucho a que la reunión nocturna resultase agradable; fue objeto de la indecorosa indiscreción de Mrs. Bennet y oyó sus necias advertencias con una paciencia digna de elogio.

Apenas necesitó que se le invitase para quedarse a cenar, y antes de marcharse Mrs. Bennet le hizo prometer que a la mañana siguiente volvería para salir a cazar con su marido.

A partir de ese día, Jane ya no habló de que Bingley le fuera indiferente. Ni una palabra cambiaron las hermanas relativa a él; pero Lizzy se acostó aquella noche convencida de que todo se arreglaría pronto, a menos que Darcy regresase antes de lo que había anunciado. No obstante, empezaba a creer que todo aquello contaba con la anuencia de dicho caballero.

Bingley llegó puntual a la cita, y él y Mr. Bennet pasaron juntos la mañana del modo convenido, y el último estuvo mucho más agradable de lo que su compañero esperaba. Nada había en Bingley de presunción o extravagancia que pudiera provocar disgusto o motivo de mofa, y por ello Mr. Bennet estuvo más comunicativo y menos excéntrico que nunca. Bingley, por supuesto, se quedó a comer, y por la tarde Mrs. Bennet hizo de nuevo todo lo posible para dejarlo a solas con su hija. Lizzy, que tenía que escribir una carta, fue con ese propósito a la salita de almorzar poco después del té, ya que los demás se disponían a jugar a cartas y su presencia no era necesaria para frustrar los planes de su madre.

Pero al entrar en el salón una vez concluida la carta comprobó, con infinita sorpresa, que había razón para temer que su madre hubiese sido por demás ingeniosa. Al abrir la puerta vio juntos a su hermana y a Bingley, apoyados contra la chimenea, como si estuviesen ocupados en la más interesante plática; y por si eso no hubiera dado ya lugar a sospechas, los rostros de ambos, al volverse rápidamente y separarse, fueron por demás elocuentes. La situación resultó bastante embarazosa, sobre todo, pensó Lizzy, para la pareja. Ninguno de los tres pronunció palabra, y Lizzy estaba ya dispuesta a marcharse de nuevo, cuando Bingley, que, al igual que Jane, se había sentado, se puso de pie de improviso y, susurrando algo al oído de ésta, salió de la estancia.

Jane no podía ocultar a su hermana nada que la hiciese feliz, y así, abrazándola al instante, le confesó emocionada que se sentía la persona más dichosa del mundo.

—Es demasiado —añadió—; excesivamente demasiado. No lo merezco. ¡Ah! ¿Por qué no son todos felices?

La enhorabuena de Lizzy fue tan sincera, tan ardiente, reveló tanta complacencia, que las palabras no alcanzan para expresarla. Cada una de sus cariñosas frases fue nuevo manantial de

dichas para Jane. Pero ésta no pudo permanecer con su hermana ni decirle la mitad de lo que le quedaba por comunicar en ese momento.

—Tengo que ir enseguida a ver a mamá —le dijo—. No quiero decepcionar su afectuosa solicitud ni permitir que se entere por nadie que no sea yo. Él ha ido a hablar con papá. ¡Oh Lizzy! ¡Lo que voy a contar causará tanta alegría a mi querida familia! ¿Cómo podré resistir tanta dicha?

Se marchó presurosa a donde estaba su madre, que había suspendido la partida de naipes y se encontraba arriba con Kitty. Lizzy se quedó sola, reflexionando con una sonrisa en los labios sobre la rapidez y facilidad con que se resolvía un asunto que tantos meses de incertidumbre y tristeza les había ocasionado.

Aquél, se dijo, era el resultado de la vigilante actitud de su amigo y de todas las falsías y maquinaciones de sus hermanas; el final más feliz, lógico y razonable.

A los pocos minutos estaba reunida con Bingley, cuya conferencia con el señor Bennet había sido breve.

—¿Dónde está su hermana? —le preguntó apenas abrió la puerta.

—Arriba, con mi madre. Supongo que bajará pronto.

Entonces él cerró la puerta y, acercándose a Lizzy, solicitó su enhorabuena y su afecto de hermana. Lizzy le expresó sinceramente su alegría por la perspectiva de su próximo parentesco. Diéronse la mano afectuosamente, y hasta que su hermana bajó hubo de escuchar cuanto él le dijo sobre su propia dicha y las cualidades de Jane. A pesar de que se trataba de un enamorado, Lizzy creyó de veras que todas esas esperanzas de felicidad tenían un fundamento racional por estar basadas en una inteligencia excelente y el aún más excelente corazón de Jane, sumados a una semejanza de sentimientos y aspiraciones.

La velada transcurrió en medio de la alegría general. El rostro de Jane reflejaba su íntima satisfacción, y la felicidad que sentía la hacía aparecer más hermosa que nunca. Kitty sonreía, confiando en que le llegase pronto su turno. Mrs. Bennet no encontraba palabras para expresar su satisfacción, a pesar de que durante media hora no habló de otra cosa con Bingley. En cuanto a Mr. Bennet, cuando se unió a ellos para cenar, delataba en su voz y en su actitud la alegría que lo embargaba.

Pero ni una palabra salió de sus labios que aludiese a ello hasta que su visitante se despidió, si bien tan pronto como éste se hubo marchado, se volvió hacia su hija y le dijo:

—Te felicito, Jane. Serás una mujer muy dichosa.

Jane corrió hacia él al instante, lo besó y le dio las gracias por su bondad.

—Eres una buena muchacha —añadió él— y me satisface saber que estarás felizmente casada. No dudo de que os entenderéis. Vuestros caracteres no tienen nada de opuestos. Sois tan



condescendientes que jamás resolveréis nada, tan sencillos, que cualquier criado os engañará, y tan generosos que siempre gastaréis más de lo que vuestros ingresos os permitan.

—Espero que no aciertes, sobre todo en esto último. La imprudencia en cuestiones de dinero sería imperdonable en mí.

—¡Gastar más de lo que les permitan sus ingresos! —exclamó Mrs. Bennet—. Querido esposo, ¿qué estás diciendo? Él posee cuatro o cinco mil libras anuales de renta, y acaso más. — Después, dirigiéndose a su hija, añadió—: ¡Oh, mi querida Jane, soy tan dichosa que estoy segura de que no podré dormir en toda la noche! Ya sabía yo que esto llegaría; siempre dije que al final habría de ser así. Estaba convencida de que no podías ser tan bella en balde. Recuerdo que tan pronto como lo vi llegar a este condado el año pasado, presentí que llegaríais a ser marido y mujer. ¡Oh! ¡Es el hombre más encantador que he visto nunca!

Ya no se acordaba de Wickham ni de Lydia; Jane era ahora su hija favorita, sin comparación; en aquel momento ninguna otra le importaba. Sus hermanas menores pronto comenzaron a pedir a Jane cosas que harían su felicidad y que ella podría darles en el futuro.

Mary le pidió poder usar su biblioteca de Netherfield, y Kitty le suplicó con insistencia que organizara unos cuantos bailes allí durante el invierno.

Bingley se convirtió desde entonces, como era natural, en visitante cotidiano de Longbourn. Solía llegar antes del almuerzo y permanecía siempre hasta después de la cena, a menos que algún desalmado vecino, a quien por ello no podía detestar lo bastante, lo invitara a comer, y eso en caso de que se considerase obligado a aceptar.

Lizzy disponía ahora de escaso tiempo para conversar con su hermana, porque mientras él se hallaba presente, Jane no prestaba atención a nadie. Aun así, se consideraba muy útil a ambos en las horas de inevitable separación. En ausencia de Jane, él siempre se acercaba a Lizzy, pues le encantaba hablar con ella, y cuando Bingley se iba, Jane buscaba constantemente la misma fuente de consuelo.

—¡Me ha hecho tan feliz —dijo Jane una noche— al confesarme que ignoraba por completo que hubiese estado en la capital la primavera pasada! ¡No lo había creído posible!

—Lo sospechaba —replicó Lizzy—. Pero ¿cómo lo explica?

—Debe de haber sido cosa de sus hermanas. La verdad es que no querían que se relacionase conmigo, lo cual no me sorprende, pues podía haber elegido una novia más ventajosa que yo en muchos aspectos. Pero cuando adviertan, como supongo que advertirán, que su hermano es feliz a mi lado, se conformarán y volveremos a estar en buenos términos; aunque nuestra relación nunca será lo que fue.

—Ésa es la frase más imperdonable que te he oído jamás —dijo Lizzy

— ¡Qué inocente eres! ¡Me irrita comprobar de nuevo que confías en la sinceridad de Miss Bingley!

—¿Crearás, Lizzy, que al irse a la capital el pasado noviembre me amaba de veras, y que sólo la persuasión de que me era indiferente le impidió regresar aquí?

—No cabe duda de que se equivocó, pero eso hace honor a su modestia. Esto, naturalmente, dio pie a un elogio de Jane a la timidez de su novio y al escaso valor que él asignaba a sus cualidades.

Esto, naturalmente, dio pie a un elogio de Jane a la timidez de su novio y al escaso valor que él asignaba a sus cualidades.

A Lizzy le agradó comprobar que Bingley no había traicionado a su amigo hablando de la intervención de éste, porque, aun cuando Jane tenía el más generoso e indulgente corazón del mundo, comprendía que esta circunstancia podría haberla enemistado con Darcy.

—Soy, ciertamente, la mujer más afortunada que existe —exclamó Jane—. ¡Oh, Lizzy! ¿Por qué me distinguió así en mi familia favoreciéndome entre mis hermanas? ¡Si por lo menos pudiera verte a ti tan feliz! ¡Si hubiera otro hombre así para ti!

—Aunque me dieras cuarenta como él, nunca sería tan feliz como tú. Mientras no posea tu carácter no podré tener tanta dicha. No, no, déjame como soy; y quizá, si tengo buena suerte, con el tiempo encuentre otro Collins.

Los acontecimientos producidos en la familia de Longbourn no podían mantenerse en secreto. Mrs. Bennet tuvo el privilegio de comunicárselo a su hermana Philips, y ésta se apresuró, sin previo permiso, a informar de ello a todos los vecinos de Meryton.

Los Bennet fueron pronto declarados la familia más afortunada del mundo, aunque sólo pocas semanas antes, en ocasión de la fuga de Lydia, se los hubiera tenido por los más desgraciados.

*¿Qué temas has identificado?*

*¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?*



## Capítulo 56

Una mañana, aproximadamente una semana después de anunciarse el compromiso de Bingley con Jane, mientras él y la familia estaban reunidos en el comedor, les llamó la atención el ruido de un carruaje, y al mirar por la ventana vieron una silla de postas con cuatro caballos cruzar el prado. Era demasiado temprano para visitas, y, además, por el equipaje no parecía que fuese ninguno de los vecinos; los caballos eran de posta, y ni el coche ni la librea del lacayo que lo precedía les eran conocidos. Pero como era evidente que alguien llegaba, Bingley convenció al instante a Jane de que, para evitar que el intruso interrumpiera su charla, salieran a pasear por el jardín. Se fueron, pues, ambos, y las tres que quedaron continuaron sus conjeturas, aunque no muy a gusto, sobre la llegada del coche, hasta que se abrió la puerta y entró la visita. Era lady Catherine de Bourgh.

Verdad es que todos esperaban una sorpresa, pero su asombro superó todo lo imaginable, y aunque Mrs. Bennet y Kitty desconociesen a dicha persona, su sorpresa, con todo, no fue menor que la de Lizzy.

Entró en la estancia con aire todavía más antipático que de costumbre, no respondió al saludo de Lizzy más que con una inclinación de la cabeza, y se sentó sin decir una palabra. Lizzy le dijo en voz baja a su madre el nombre de la recién llegada, aun sin mediar súplica de presentación.

Mrs. Bennet, sorprendida y a la vez halagada por recibir una visita tan importante, la acogió con la mayor cortesía. Tras permanecer unos momentos callada, lady Catherine dijo con expresión casi hostil a Lizzy:

—Supongo que se encuentra usted bien, y que esta señora será su madre.

Lizzy se limitó a contestar que sí.

—Y ésta otra imagino que será una de sus hermanas.

—Sí, señora —respondió Mrs. Bennet, muy complacida de hablar con lady Catherine—. Es casi la más joven, la menor se ha casado hace poco, y la mayor está en el jardín paseando con un muchacho que, espero, pronto formará parte de la familia.

—Tienen ustedes un parque muy pequeño —declaró Lady Catherine tras un breve silencio.

—No es nada en comparación con Rosings, señora, hay que confesarlo; pero le aseguro que es mucho más grande que el de sir William Lucas.

—Esta sala ha de ser muy incómoda para pasar en ella las tardes de verano; las ventanas dan a poniente.

Mrs. Bennet le aseguró que jamás permanecían en ella después de comer, y añadió:

—¿Puedo tomarme la libertad de preguntarle si se encuentran bien Mr. y Mrs. Collins?

### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página.*



—Sí, muy bien; los vi anteayer por la noche.

Lizzy creyó entonces que le daría una carta de Charlotte, ya que ése parecía el único motivo probable de su visita, pero no lo hizo, lo cual le extrañó.

Mrs. Bennet suplicó a Su Señoría que tomase un refrigerio, pero ésta rehusó el agasajo con ademán resuelto y no excesiva cortesía; y luego, levantándose, dijo a Lizzy:

—Miss Bennet, me parece que allí, a un lado del prado, hay un lugar precioso y retirado. Me gustaría dar una vuelta por él si quisiera usted favorecerme con su compañía.

—Ve, querida —exclamó Mrs. Bennet—, y enseña a Su Señoría los diversos paseos. Creo que la ermita le gustará.

Lizzy obedeció, y tras ir a su habitación en busca de su sombrilla, esperó abajo a su noble visitante. Al pasar por el vestíbulo, lady Catherine abrió las puertas del comedor y del salón, y declaró, tras inspeccionarlas, brevemente, que eran estancias decentes, y siguió andando.

Su carruaje continuaba en la puerta, y Lizzy vio que la camarera de Su Señoría estaba en él. Siguieron en silencio por el sendero que conducía al bosquecillo. Lizzy estaba decidida a no esforzarse en conversar con una mujer que se mostraba, más que nunca, insolente y desagradable.

La miró a la cara y se preguntó cómo habría podido encontrar a su sobrino parecido a ella.

Al entrar en el bosquecillo, lady Catherine comenzó de este modo:

—Seguramente conocerá usted, Miss Bennet, la razón de mi presencia aquí. Su propio corazón, su propia conciencia le habrán dicho ya por qué he venido.

Lizzy la miró con asombro no disimulado.

—Está usted equivocada; en realidad, señora, no me explico el honor de su visita.

—Miss Bennet —repuso Su Señoría con tono de enfado—, debe usted saber que no me gustan las burlas; pero por poco sincera que usted quiera ser, no la imitaré. Tengo fama de persona sincera y franca, y en asunto tan importante como éste no me apartaré de mi modo de ser. Se me ha dicho que no sólo su hermana está a punto de casarse muy ventajosamente, sino que usted, Miss Bennet, quedaría unida poco después con mi sobrino, Mr. Darcy. Aun sabiendo que eso es una espantosa falsedad, y a pesar de que no quiero agraviarlo suponiendo que tal vez sea cierto, resolví al instante venir aquí para exponerle a usted mis sentimientos.

—Si creyó usted imposible que eso fuese verdad —dijo Lizzy, sonrojada de asombro y desdén—, me admira que se haya molestado en venir desde tan lejos. ¿Qué se propone, lady Catherine?

—Ante todo, conseguir que ese rumor sea públicamente desmentido.

—El que se halle usted en Longbourn —dijo con frialdad Lizzy— servirá más bien para confirmar esos rumores, si es que realmente existen...

—¡Si existen! ¿Pretende usted, pues, ignorarlos? ¿Acaso no ha sido usted quien los ha hecho circular?

—Jamás.

—¿Y puede usted declarar también que carecen de fundamento?

—No pretendo tener igual franqueza que Su Señoría. Usted puede preguntar cosas que yo puedo considerar oportuno no responder.

—¡Es insoportable! Miss Bennet, insisto en que se me satisfaga. ¿Le ha hecho a usted mi sobrino ofrecimiento de matrimonio?

—Su Señoría ha declarado ya que eso era imposible.

—Tiene que serlo, mientras él conserve el uso de la razón. Pero sus malas artes y sus intentos de seducción pueden haberle hecho olvidar, en un momento de ceguera, su deber para con su familia y para consigo mismo. Puede usted haberlo embaucado.

—Si lo he hecho, seré la última persona que lo confiese.

—Miss Bennet, ¿sabe usted quién soy yo? No estoy acostumbrada a esa clase de lenguaje. Soy casi el pariente más próximo que le queda a mi sobrino, y tengo derecho a conocer sus afectos más íntimos.

—Pero no lo tiene usted para conocer los míos, y un proceder como el suyo jamás me inducirá a ser más explícita.

—Entiéndame usted bien. Ese casamiento a que tiene usted la pretensión de aspirar nunca podrá realizarse; nunca. Mr. Darcy está comprometido con mi hija. ¿Qué tiene usted que decir ahora?

—Sólo que si es así, no hay razón para que usted suponga que él me ha hecho proposición alguna.

Lady Catherine vaciló por un instante y al cabo replicó:

—El compromiso entre ambos es muy especial. Desde su infancia han sido destinados el uno para el otro. Ése era el deseo tanto de la madre de él como de la de ella. Desde que nacieron proyectamos su unión, y ahora, en el momento en que los anhelos de ambas hermanas iban a realizarse, ¿ha de verse impedido ese matrimonio por una joven de inferior condición social, sin importancia en el mundo y por completo ajena a la familia? ¿No tiene usted en cuenta los deseos de las personas que lo quieren referentes a su tácito compromiso con Miss de Bourgh?



¿Ha perdido usted todo sentimiento de decencia y delicadeza? ¿No me ha oído decir que desde los primeros instantes ha sido destinado para su prima?

—Sí, lo he oído; pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? Si no hay otro obstáculo para que yo me case con su sobrino, eso no dejará de ocurrir porque suponga que su madre y su tía deseaban que se casase con Miss de Bourgh. Ambas hicieron todo lo posible para proyectar ese matrimonio, pero el que se lleve a cabo o no depende de otros. Si Mr. Darcy no se cree obligado a casarse con su prima por razones de honor o de afecto, ¿por qué no puede elegir a otra mujer? Y si yo soy la elegida, ¿qué puede impedir que lo acepte?

—El honor, el decoro, la prudencia y aun el interés. Sí, Miss Bennet, el interés; porque no espere usted atenciones de su familia o amigos si obra tercamente contra los deseos de todos. Será usted censurada, desairada, despreciada. Su unión será una calamidad; sus nombres no serán mencionados jamás por ninguno de nosotros.

—Graves son esas desgracias —replicó Lizzy—. Pero la esposa de Mr. Darcy encontrará en el matrimonio tantos motivos de dicha, que a pesar de todo lo que me ha dicho nunca encontrará motivo de queja.

—¡Ah, niña obstinada y terca! ¡Me avergüenzo de usted! ¿Así agradece mis atenciones de la pasada primavera? Sentémonos. Ha de saber usted, Miss Bennet, que he venido aquí firmemente resuelta a conseguir mi propósito. No cejaré; no estoy acostumbrada a someterme a los caprichos de nadie, ni a sufrir decepciones.

—Eso hará más lastimosa la situación actual de Su Señoría; pero a mí no me afecta.

—¡No quiero que se me interrumpa! Escuche usted en silencio. Mi hija y mi sobrino han nacido el uno para el otro. Por línea materna descienden del mismo ilustre linaje, y por la paterna, de familias respetables, honorables y antiguas, aunque sin título. La fortuna por ambos lados es espléndida. Están mutuamente destinados por el voto de todos los miembros de sus respectivas casas; y ¿qué es lo que ha de separarlos? Las repentinas pretensiones de una muchacha sin familia, ni parientes, ni fortuna. ¿Se puede tolerar eso? ¡De ninguna manera! Si supiera usted lo que le conviene, no querría abandonar la esfera en que ha nacido.

—Casarme con su sobrino no me obligaría a cambiar de condición social. Él es un caballero; yo, la hija de otro caballero; por consiguiente, somos iguales.

—Cierto; usted es hija de un caballero. Pero ¿quién es su madre? ¿Quiénes sus tíos y tías? ¿Acaso cree usted que ignoro su condición social?

—Cualesquiera que sean mis parientes —dijo Lizzy—, si su sobrino no los rechaza, a usted no tienen por qué importarle.

—Dígame usted de una vez si está comprometida con él.



Aunque Lizzy no habría contestado a esta pregunta por el mero hecho de complacer a lady Catherine, no pudo menos que decir, tras un momento de reflexión:

—No lo estoy.

Lady Catherine pareció satisfecha.

—¿Y me promete que nunca aceptará semejante compromiso?

—No puedo prometérselo

—¡Miss Bennet, estoy horrorizada y sorprendida! Esperaba encontrar una joven más sensata. Pero no crea que estoy dispuesta a ceder. No me iré hasta que me haya dado la seguridad que le exijo.

—Y yo le aseguro que no se la daré jamás. No conseguirá usted intimidarme forzándome a hacer algo tan falto de sentido. Su Señoría necesita que Mr. Darcy se case con su hija, pero el que yo le diese a usted la promesa ansiada ¿haría más probable ese matrimonio? Suponiéndolo interesado por mí, ¿mi rechazo a aceptar su mano lo haría desear ofrecérsela a su prima? Permítame decirle, lady Catherine, que los argumentos en que ha apoyado tan extraordinaria exigencia han sido tan frívolos como irreflexiva es la exigencia misma. Ha confundido usted de medio a medio mi carácter si supone que puedo obrar por persuasiones por el estilo. No sé hasta qué punto podrá aprobar su sobrino el que se entrometa en sus asuntos, pero le aseguro que no tiene usted derecho a entrometerse en los míos. Por consiguiente, he de suplicarle que no me importune más sobre este particular.

—No se precipite, Miss Bennet, que aún no he acabado. A cuantas objeciones he expuesto ya, tengo que añadir otra. No ignoro las particularidades del infame rapto de su hermana menor. Lo sé todo. Sé que el muchacho se casó con ella gracias a un remiendo aplicado al caso a expensas de su padre y de sus tíos. ¿Y semejante muchacha ha de ser cuñada de mi sobrino? El marido de ella, el hijo del antiguo administrador de su padre, ¿ha de convertirse en su cuñado? ¿Han de profanarse de manera tan vil las sombras de Pemberley?

—Le ruego que no prosiga —contestó Lizzy, enfadada—. Me ha insultado usted de todos los modos posibles. He de suplicarle que volvamos a casa.

Y diciendo esto se levantó. Lady Catherine hizo lo propio, y regresaron. Su Señoría estaba muy irritada.

—¿No tiene usted, pues, consideración a la honra y el crédito de mi sobrino? ¡Niña insensible y egoísta! ¿No considera que al unirse a mi sobrino caerá usted en desgracia a los ojos de todo el mundo?

—Lady Catherine, no tengo nada más que decir. Ya conoce usted mi modo de pensar.

—¿Está usted, por consiguiente, resuelta a casarse con él?



—No he dicho semejante cosa. Sólo estoy dispuesta a proceder de la manera que considere más apropiada para mi felicidad, sin tener en cuenta lo que piense usted ni ningún otro.

—Bien. Entonces rehúsa usted complacerme. Rechaza usted obedecer al imperio del deber, del honor y del agradecimiento. Está decidida a rebajar a mi sobrino ante la opinión de todos sus amigos y a hacer que todos lo desprecien.

—Ni el deber, ni el honor, ni la gratitud —repuso Lizzy— puede alegar ningún derecho sobre mí en las presentes circunstancias. No violaría ninguno de esos principios casándome con Mr. Darcy. Y en cuanto al enfado de su familia o a la indignación del mundo, si tal cosa ocurriera por unirme en matrimonio con su sobrino, no me importaría en absoluto, y la gente en general tiene sobrado sentido común para sumarse a los que por semejante cosa se sienten indignados.

—¿Eso es lo que verdaderamente opina? ¿Es ésa su última palabra? Muy bien; ahora sé cómo he de obrar. No imagine usted, Miss Bennet, que su ambición quedará satisfecha. Vine a probarla. Esperaba encontrarla razonable; pero tenga por descontado que me saldré con la mía.

Así se expresó lady Catherine hasta que estuvieron ante la portezuela del coche, y entonces, volviéndose, añadió:

—No me despido de usted, Miss Bennet, ni envío recuerdos a su madre. Ninguno de ustedes merece esa atención. Estoy muy seriamente disgustada.

Lizzy no respondió, y, sin tratar de convencer a Su Señoría de que entrase en casa, se alejó de ella. Oyó partir el coche cuando subía por la escalera. Su madre, impaciente, salió a su encuentro para preguntarle cómo no había entrado lady Catherine para descansar.

—Se ha negado a ello —respondió Lizzy—. Ha preferido marcharse.

—Es una mujer muy distinguida, y su visita supone el colmo de la cortesía, porque imagino que habrá venido sólo a decirnos que los Collins están bien. Supongo que iría a algún sitio y al pasar por Meryton pensó que podría visitarnos. Me figuro que no tendría nada de particular que decirte, Lizzy.

La muchacha se vio obligada a mentir un poco sobre este punto, porque no podía revelar la sustancia de su coloquio.

*¿Qué temas has identificado?*

*¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?*



## Capítulo 57

A Lizzy le costó vencer la inquietud en que la sumió aquella extraordinaria visita, y durante muchas horas le fue imposible dejar de pensar en ella. Parecía que lady Catherine se había tomado la molestia de viajar desde Rosings con el propósito de echar por tierra su supuesto compromiso con Darcy, y Lizzy no lograba imaginar de dónde podía haber surgido el rumor de su noviazgo, hasta que pensó que el que él fuese tan íntimo amigo de Bingley y ella hermana de Jane, era motivo suficiente para explicarlo todo, ya que la inminencia de una boda predisponía a suponer otra. Se daba cuenta de que el matrimonio de su hermana les procuraría numerosas ocasiones de verse, y acaso por eso sus vecinos, los Lucas —por cuya correspondencia con los Collins suponía que habría llegado la misma a lady Catherine—, podrían haber dado por cierto e inmediato lo que ella había entrevisto como posible para más adelante.

Pero meditando sobre las palabras de lady Catherine no pudo evitar cierta intranquilidad por las posibles consecuencias de su intromisión. De lo dicho por ella sobre su resolución de impedir el casamiento dedujo Lizzy que había pensado interpelar a su sobrino, y no osaba decidir cómo tomaría él la relación consiguiente de los peligros que entrañaba semejante enlace. Desconocía el grado de cariño que él profesaba por su tía, así como el de su dependencia de los juicios de ésta, pero era lógico suponer que tuviera mejor concepto de Su Señoría que ella, y estaba segura de que al enumerarle las desdichas de un matrimonio con quien tenía parientes inmediatos tan desiguales a los suyos, lady Catherine lo atacaría por su punto más débil. Debido a las ideas de él sobre la dignidad, Lizzy creía probable que los argumentos que ante ella habían pasado por tan débiles y ridículos a él le pareciesen sólidos y sensatos.

Si antes él se había mostrado vacilante sobre lo que debía hacer, las advertencias a instancias de parienta tan próxima podían disipar todas sus dudas, determinándolo de una vez a ser todo lo feliz que cupiese sin mengua de su dignidad. En ese caso no regresaría. Lady Catherine podía verlo a su paso por la capital y quedaría sin cumplir la promesa que había hecho a Bingley de volver a Netherfield.

Por lo tanto, pensó, si en el plazo de unos pocos días su amigo recibe una carta en que se excusa de su compromiso, sabré cómo interpretarla. Entonces tendré que abandonar toda esperanza, todo anhelo de Constancia por su parte. Si se satisface sólo con acordarse de mí cuando podría obtener mi afecto y mi mano, pronto dejaré de pensar en él.

La sorpresa del resto de la familia al saber la identidad de su visitante fue enorme, pero se contentaron con la misma suposición que había apaciguado la curiosidad de Mrs. Bennet, y Lizzy se ahorró más disgustos con ello.

A la mañana siguiente, cuando bajaba por la escalera, topó con su padre, que salía de la biblioteca con una carta en la mano.

—Lizzy —le dijo—, iba a buscarte; ven a mi habitación.

### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página.*



Ella lo siguió, y su curiosidad por saber qué tenía que comunicarle aumentó con la suposición de que estuviese relacionado de algún modo con la carta que llevaba en la mano. Repentinamente se le ocurrió que podía ser de lady Catherine, y se sintió inquieta ante la posibilidad de tener que dar explicaciones.

Una vez en la habitación, ambos se sentaron ante la chimenea. Entonces, dijo él:

—He recibido esta mañana una carta que me ha asombrado mucho. Como se refiere sobre todo a ti, debes conocer su contenido. No sabía hasta ahora que tenía dos hijas a punto de casarse. Permíteme que te felicite por tan importante conquista.

Lizzy se ruborizó al pensar que la misiva podía haber sido escrita por el sobrino en lugar de la tía, y no sabía si alegrarse de que Darcy hubiese decidido manifestar sus sentimientos, o enfadarse porque la carta no estaba dirigida a ella, cuando su padre continuó:

—Parece que lo adivinas. Las jóvenes poseéis gran poder de penetración en asuntos de esta índole, pero creo poder desafiar tu sagacidad invitándote a que descubras el nombre de tu admirador. La carta es de Collins.

—¿De Collins? ¿Qué tiene que decirme Collins?

—Como era de esperar, algo muy oportuno. Comienza con la enhorabuena por la próxima boda de mi hija mayor, boda de la cual parece informado por los Lucas, esos extraordinarios chismosos. No entretendré tu impaciencia con leerte lo que dice sobre eso. Lo referente a ti es como sigue: «Después de haberte felicitado por parte de Mrs. Collins y mía por tan fausto acontecimiento, permíteme añadir una breve advertencia sobre otro asunto, del cual hemos sido informados por el mismo testigo. Se supone que tu hija Lizzy no llevará largo tiempo el nombre de Bennet después de dejarlo su hermana mayor, y que la pareja elegida por su hado puede razonablemente considerarse como uno de los más ilustres personajes de este país.»

¿Sospechas, Lizzy, de quién se trata? Y añade: «Ese joven está adornado de modo especial con cuanto un mortal puede esperar: soberbias propiedades, ilustres parientes, gran influencia. Pero, a pesar de todas esas tentaciones, permíteme que os advierta a ti y a mi prima Lizzy sobre los peligros a que podéis exponeros por una precipitada aceptación de las proposiciones de semejante caballero, las cuales como es natural, os inclinaréis a considerar como inmediatamente ventajosas.» ¿Tienes idea, Lizzy, de quién es el caballero? Ahora lo sabrás: «Mi motivo para advertirte así es el siguiente: tenemos razones para creer que su tía, lady Catherine de Bourgh, no mira ese casamiento con buenos ojos.» Como ves, el hombre en cuestión es Mr. Darcy. Me parece, Lizzy, que te he sorprendido. ¿Ha podido Collins, o han podido los Lucas escoger en el círculo de nuestras relaciones otro cuyo nombre descubriera mejor la mentira de lo que propalan? ¡Mr. Darcy, que jamás mira a ninguna mujer sino para censurarla, y que probablemente no te habrá mirado en la vida! ¡Es verdaderamente extraordinario!

Lizzy trató de seguir la broma a su padre, pero sólo consiguió esbozar una tímida sonrisa. Mr. Bennet nunca había hecho gala de agudezas tan desagradables para ella.

—¿No te parece divertido?

—¡Oh, sí! Sigue leyendo, te lo suplico.

—«En cuanto mencioné la noche pasada a Su Señoría la posibilidad de ese casamiento, al instante expresó, con su habitual condescendencia, sus sentimientos sobre el asunto. Si resultase cierto, por varias objeciones relativas a la familia de mi prima, jamás daría ella su consentimiento para lo que considera una unión desgraciada. Yo consideré mi deber el comunicar esto cuanto antes a mi prima, para que ella y su noble admirador reflexionen sobre lo que van a hacer y no se apresuren a contraer un matrimonio que no ha sido convenientemente sancionado.» Además, añade Collins: «Me alegro de veras de que la cuestión de tu hija Lydia se haya arreglado satisfactoriamente, y sólo lamento que se extendiera la noticia de que vivieron juntos antes de que el casamiento se celebrase. Pero no olvido los deberes que debo a mi condición, por lo que no puedo abstenerme de declarar mi asombro al saber que habías recibido a la joven pareja en tu casa en cuanto estuvieron casados. Eso fue alentar el vicio, y si yo hubiera sido rector de Longbourn me habría opuesto del modo más enérgico. Sin duda, como cristiano debes perdonarlos, pero jamás admitirlos ante tu presencia ni permitir que se pronuncien sus nombres ante ti.»

Tras una pausa, Mr. Bennet exclamó:

—¡Tal es su concepto de la misericordia cristiana! El resto sólo se refiere al estado de su amada Charlotte y a su esperanza de tener un joven retoño. Pero, Lizzy, parece que no lo encuentras divertido. Supongo que no irás a enfadarte pretendiendo que te ofende una noticia tan necia. ¿Para qué vivimos sino para entretener a nuestros vecinos y reírnos de ellos a la vez?

—No, si lo encuentro muy divertido —declaró Lizzy—. ¡Pero eso es tan extraño!

—Sí, y eso es lo que lo hace más gracioso. Si se hubieran fijado en otro hombre no habría nada de particular, pero la completa indiferencia de él hacia ti y tu profundo desagrado lo hacen deliciosamente absurdo. Por mucho que me moleste escribir, no evitaría la correspondencia con Collins por ningún motivo. La verdad es que al leer una carta suya no puedo evitar preferirlo incluso a Wickham, aun cuando la desvergüenza y la hipocresía de mi yerno son inigualables. Y dime, Lizzy, ¿qué dijo lady Catherine de semejante noticia? ¿Vino quizá para negar su consentimiento?

A esa pregunta su hija sólo respondió con una carcajada, y como se le había dirigido sin la menor sospecha, su padre no se molestó en repetirla. Ella jamás se habría visto en situación de tener que aparentar que sus sentimientos eran los que en realidad no eran. Ahora se vio obligada a reír cuando habría deseado llorar. Su padre la había mortificado muy cruelmente con lo que le había dicho sobre la indiferencia de Darcy, y ella se maravillaba de tamaña falta de intuición o acaso ocurría, sencillamente, que Lizzy se había hecho demasiadas ilusiones.

*¿Qué temas has identificado?*

*¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?*



## Capítulo 58

Bingley no recibió ninguna carta de excusa de su amigo, como Lizzy esperaba que sucediese. En cambio llegó a Longbourn acompañado de Darcy pocos días después de la visita de lady Catherine. Los caballeros se presentaron temprano, y antes de que Mrs. Bennet tuviese tiempo de decir a Darcy que habían visto a su tía, cosa que Lizzy temió al instante, Bingley, que necesitaba estar solo con Jane, propuso a todos salir a dar un paseo. Mrs. Bennet no tenía costumbre de pasear y Mary nunca podía perder tiempo; pero los cinco restantes se marcharon juntos. Bingley y Jane dejaron que se les adelantaran Lizzy, Kitty y Darcy. Ninguno de los tres habló mucho; Kitty tenía miedo de emitir palabra delante de Darcy; Lizzy estaba a punto de tomar una resolución desesperada, y acaso él estuviese dispuesto a hacer otro tanto.

Se dirigieron hacia la casa de los Lucas, porque Kitty deseaba ver a Mary, y como Lizzy vio que eso no podía interesar a los demás, cuando su hermana se alejó continuó audazmente sola con Darcy. Llegó entonces el momento de poner en práctica su resolución, y, haciendo acopio de valor, dijo:

—Mr. Darcy, soy una persona muy egoísta, y por satisfacer mis sentimientos soy capaz de no considerar cuánto he podido herir los de usted. No puedo evitar por más tiempo el agradecerle todo lo que ha hecho por mi pobre hermana. Desde que me enteré de ello he deseado hacerle presente la gratitud que siento. Si el hecho fuera conocido por el resto de mi familia, no sería sólo mi agradecimiento lo que estaría expresándole.

—Lamento enormemente —contestó Darcy con tono de sorpresa y de emoción— que haya sido usted informada de lo que, erróneamente interpretado, pudiera ocasionarle alguna inquietud. No creía que Mrs. Gardiner fuese tan poco discreta.

—No censure usted a mi tía. Fue el atolondramiento de Lydia lo que me puso al corriente de su intervención, y, como es natural, no estuve tranquila hasta conocer los detalles. Permítame que le agradezca de nuevo, en nombre de toda mi familia, la generosa compasión que le indujo a molestarse tanto para descubrir el paradero de mi hermana.

—Si me lo agradece —replicó él—, que sea sólo en nombre de usted. No he de negar que el deseo de proporcionarle una alegría pudo añadir fuerza a las otras razones que me impulsaron a ello; pero su familia no me debe nada. Aun cuando los respeto mucho, no pensé sino en usted.

Lizzy estaba demasiado turbada para pronunciar palabra. Tras una breve pausa, su compañero añadió:

—Es usted en extremo generosa como para bromear conmigo. Si sus sentimientos son aún los mismos que en abril pasado, dígamelo de una vez. Mi afecto y mis anhelos no han variado; pero una palabra suya me hará callar para siempre.

### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página.*



Ella, consciente de lo terrible de su situación, se esforzó por hablar, y al punto, aunque no con rapidez, le dio a entender que sus sentimientos habían experimentado un cambio tan absoluto que no podía por menos que recibir con gratitud y placer su actual declaración. El estado de felicidad que semejante respuesta proporcionó a Darcy fue tal como probablemente jamás lo había disfrutado, y se expresó en esta ocasión con el juicio y la vehemencia que cabe suponer en un hombre profundamente enamorado. Si Lizzy hubiera sido capaz de mirarlo a los ojos habría observado lo mucho que expresaban estos la dicha que lo embargaba. Pero si no lo miró, lo escuchó, y lo oyó revelar sentimientos que daban cada vez más valor a su afecto, pues demostraban cuán importante era ella para él.

Siguieron paseando sin cuidarse de la dirección que llevaban; había demasiado que pensar, sentir y decir para atender a nada más. Pronto supo ella que debían su actual avenencia a los afanes de lady Catherine, quien había visitado a su sobrino en camino de regreso a Rosings y le había contado de su ida a Longbourn y de lo sustancial de su conversación con Lizzy, insistiendo con énfasis en cuantas expresiones denotaban, en especial a juicio de Su Señoría, la perversidad y descaro de aquélla, en la creencia de que semejante relato le serviría de ayuda en su empresa de obtener del sobrino la promesa que Lizzy había rehusado dar. Pero, para desgracia de lady Catherine, el efecto había sido el contrario.

—Eso me hizo saber —dijo él— lo que antes apenas me habría atrevido a esperar. Conocía lo suficiente su carácter, Lizzy, para saber que, de estar absoluta e irrevocablemente decidida a rechazarme, se lo habría hecho saber a lady Catherine con claridad y franqueza.

Lizzy se sonrojó y, entre risas, contestó:

—Sí, conocía usted suficientemente mi franqueza para creerme capaz de eso. Después de rechazarlo de modo tan abominable no podía tener escrúpulo en manifestar lo mismo a todos sus parientes.

—¿Qué me dijo usted que yo no mereciese? Porque aunque sus acusaciones eran infundadas, mi proceder entonces merecía el más severo reproche. Aquello fue imperdonable; no puedo pensar en ello sin horror.

—No discutamos sobre quién merece mayor censura por lo de aquella tarde —dijo Lizzy—. Mirándolo bien, la conducta de los dos fue reprochable. Pero me parece que ambos hemos ganado en cortesía desde entonces.

—No me resulta fácil reconciliarme conmigo mismo. El recuerdo de lo que entonces dije, de mi conducta, de mis modales, de mis expresiones durante la entrevista, es ahora, y ha de serlo por muchos meses, inexplicablemente penoso para mí. Nunca olvidaré su frase tan bien aplicada: «Si se hubiera usted conducido más caballerosamente.» Ésas fueron sus palabras. No sabe usted, no puede concebir cuánto me han torturado. No obstante, confieso que transcurrió algún tiempo hasta que reconocí que eran merecidas.



—Bien cierto es que estaba yo muy lejos de suponer que lo habían mortificado tanto. No tenía la menor idea de que pudiese sentirse así.

—No lo pongo en duda. Estoy seguro de que usted creía que yo estaba vacío de todo sentimiento elevado. Tampoco olvidaré jamás su talento al decirme que no podía haberme dirigido de otro modo menos a propósito para aceptarme.

—No me lo recuerde, por favor; olvidemos ese episodio. Le aseguro que hace tiempo que me avergüenzo de todo ello. Darcy mencionó su carta.

—¿La indujo a pensar en mí? —preguntó—. ¿Dio crédito a su contenido al leerla?

Ella explicó cuál había sido el efecto de la misiva y cómo sus antiguos prejuicios se habían ido esfumando.

—Sabía —siguió él— que lo que escribiera había de apenarla, pero era preciso. Supongo que habrá destruido la carta. Había en la misma una parte, en especial el comienzo, que temía que leyese por segunda vez. Recuerdo ciertas expresiones que justamente podían hacer que me odiase.

—La carta se quemará si usted lo cree esencial para conservar mi afecto; pero aunque ambos tengamos razón para pensar que mis opiniones no son por completo invariables, no creo que hayan cambiado tan fácilmente como usted quiere dar a entender.

—Cuando escribí semejante carta —replicó Darcy— me juzgaba tranquilo y frío, pero después me convencí de que la redacté embargado por la más profunda amargura.

—Acaso comenzaba con amargura, mas no terminaba así; la despedida era todo benevolencia. Pero no piense más en la carta. Los sentimientos de la persona que la escribió y los de la que la recibió son ahora tan diferentes, que cuantas circunstancias desagradables se refieren a ella deben echarse al olvido. Ha de aprender usted algo de mi filosofía. Recuerde sólo en el pasado aquello que le sea grato.

—Me resulta imposible creer en esa filosofía. Sus evocaciones han de verse tan vacías de reproche que la satisfacción que le producen no proviene de filosofía alguna, sino de algo mejor, la ignorancia. Pero conmigo no se da ese caso; se interponen penosos recuerdos que no pueden, que no deben ser olvidados. He sido, durante toda mi vida, egoísta en la práctica, ya que no en los principios. Cuando niño me enseñaron qué estaba bien, pero nadie me enseñó a corregir mi temperamento. Me inculcaron buenas normas, pero dejaron que siguiese siendo orgulloso y vano. Por desgracia, como hijo único durante varios años, fui consentido por mis padres, quienes, aun siendo en sí buenos (mi padre en particular era todo benevolencia y amor), me permitieron, me alentaron, casi me enseñaron a ser egoísta y despótico, a no cuidarme de nadie fuera del círculo de mi familia, a considerar muy poco a los demás, o, por lo menos, a despreciar la cordura y el valor del prójimo en comparación con los míos. Así fui desde los ocho a los veintiocho años, y aún lo sería si no fuese por usted, queridísima, amadísima Lizzy. ¿Qué no he





de deberle? Me ha dado una lección, ciertamente dura al principio, pero muy provechosa; por usted quedé humillado como convenía, usted me mostró cuán insuficientes eran mis pretensiones para complacer a una mujer merecedora de ser complacida.

—¿Y está persuadido de que lo merezco?

—Por supuesto que lo estoy. ¿Qué pensará usted de mi vanidad? Creía que esperaba, que deseaba mi declaración.

—Mi actitud debió de inducirlo a engaño, pero le aseguro que sin intención. Nunca pretendí engañarlo; pero mi ánimo me conduce a menudo a errar. ¡Cuánto ha debido de odiarme desde aquella tarde!

—¿Odiarla a usted? Quizá me sintiese enfadado al principio, pero ese resentimiento mío comenzó pronto a tomar el rumbo conveniente.

—Casi no me atrevo a preguntarle qué pensó al encontrarme en Pemberley. ¿Me censuró usted por ir allí?

—No. Sencillamente me sorprendió.

—Su sorpresa no pudo ser mayor que la mía. Mi conciencia me aseguraba que no merecía una amabilidad como aquélla, y confieso que no esperaba recibir sino lo que me merecía.

—Mi propósito entonces —contestó Darcy— fue demostrarle, con cuanta cortesía pudiera, que no era tan ruin como para alimentar rencor por lo pasado; y esperaba obtener su perdón y aminorar su mala opinión de mí haciéndole ver que sus reproches habían sido tomados en cuenta. Ahora mismo me costaría decirle cuánto tardaron otros deseos en mezclarse con ése, pero creo que ocurrió a la media hora de haberla visto.

Al llegar aquí manifestó él la complacencia que tuvo Georgina con su trato y la desilusión que experimentó por la súbita interrupción del mismo, lo que condujo, como era natural, a la causa de tal interrupción. Y pronto supo Lizzy que la resolución de marchar del condado de Derby en busca de Lydia la había tomado antes de salir de la posada, y que su actitud grave y pensativa no se debían sino a las luchas morales relacionadas con semejante propósito.

Ella volvió a expresarle su gratitud, pero era un asunto demasiado penoso para insistir más en él. Después de andar varias millas lentamente, demasiado abstraídos en su conversación, al mirar sus relojes vieron que era hora de regresar a casa.

—¿Qué habrá sido de Bingley y de Jane?

He ahí una pregunta que los llevó a tratar de los asuntos de éstos. Darcy estaba encantado de que se hubiesen prometido. Su amigo le había dado la noticia de inmediato.

—¿Me permite preguntarle si le sorprendió? —dijo Lizzy.

—De ninguna manera. Al marcharme comprendí que eso ocurriría pronto.

—Es decir, que usted le dio su autorización. Lo suponía. Y aunque él protestó contra semejante frase, ella comprendió que de algún modo había sido así.

—La tarde anterior a mi salida para Londres —dijo él— hice a Bingley una confesión que debí haberle hecho hacía tiempo. Le expuse cuanto había ocurrido para cambiar en absurda e impertinente mi anterior intromisión en sus asuntos. Su sorpresa fue grande; jamás había abrigado la menor sospecha. Le dije, además, que me creía equivocado al suponer que le era indiferente a su hermana, Lizzy, y de inmediato me di cuenta de que su afecto hacia ella no había disminuido, de modo que no abrigué duda sobre su mutua felicidad.

Lizzy no pudo evitar sonreír ante el modo en que Darcy guiaba a su amigo.

—Cuando le dijo usted que mi hermana lo quería, ¿hablaba en base a su propia observación o sólo por lo que yo le informé la primavera pasada?

—Por lo primero. La estudié minuciosamente durante las dos últimas visitas que hice aquí, y quedé convencido de su afecto.

—Y supongo que su afirmación lo convenció de inmediato.

—Así fue. Bingley es muy modesto, carece de toda afectación. Su timidez ha impedido que se fiase de su propio juicio, pero su sumisión al mío lo facilitó todo. Tuve que confiarle una cosa que durante un tiempo, y no sin razón, le molestó. No pude permitirme ocultarle que su hermana había estado tres meses en la capital durante el invierno pasado, que yo lo sabía y que se lo oculté adrede. Eso le irritó. Pero estoy seguro de que su ira no duró sino el tiempo que permaneció en duda sobre los sentimientos de su hermana. Ahora me ha perdonado de corazón.

Lizzy habría deseado declarar que Bingley debía de ser un amigo encantador por la facilidad con que se dejaba guiar, pero se contuvo. Recordó que Darcy tenía que aprender a tomárselo a risa, y que era demasiado pronto para empezar. Hablando, pues, de la felicidad de Bingley, que por fuerza debía de ser inferior a la suya, continuó él su plática hasta que llegaron a la casa. En el vestíbulo, se separaron.

*¿Qué temas has identificado?*

*¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?*



## Capítulo 59

—Querida Lizzy, ¿por dónde habéis estado paseando? —preguntó Jane en cuanto se sentaron a la mesa del comedor con todos los demás. Como respuesta, sólo pudo decir que habían andado hasta donde acababa el terreno por ella conocido. Al decirlo se sonrojó, pero nada despertó sospecha.

La velada pasó con tranquilidad. Los novios oficiales charlaron y rieron; los enamorados secretos permanecieron callados. Darcy no era propenso a mostrarse alegre cuando se sentía feliz, y Lizzy, agitada y confusa, sabía, más que sentía, que era dichosa; porque además del aturdimiento por lo que ya se ha explicado, la embargaban otros temores. Preveía el modo en que reaccionaría su familia al conocerse su situación; sabía que nadie, aparte de Jane, simpatizaba con Darcy, y hasta creía que a los demás les causaba tanto disgusto que ni su fortuna ni su influencia podían borrarlo.

Por la noche se sinceró ante Jane, y aunque hasta la duda estaba muy lejos de los hábitos ordinarios de ésta, en este caso se mostró incrédula.

—¿Te burlas de mí, Lizzy? ¡Es imposible! ¡Prometida con Mr. Darcy! No me engañarás.

—¡Mal comienzo es éste, en verdad! Tenía cifrada en ti toda mi confianza, pues estoy segura de que nadie me creerá si tú no me crees. No digo sino la verdad. Él me ama todavía, y nos hemos prometido.

Jane la miró con expresión de duda.

—Lizzy, no puede ser; sé lo mucho que te desagrada.

—Tú no sabes nada de este asunto. Todo lo que dices pertenece al pasado. Acaso no lo haya amado siempre tanto como ahora, pero en casos así lo correcto es no tener memoria. Ésta es la última vez que lo recordaré.

Jane la miraba asombrada. Lizzy le aseguró de nuevo que era verdad.

—¡Dios mío! ¿Es posible? No me queda más remedio que creerte — dijo Jane—. ¡Mi querida, mi querida Lizzy, te felicitaría... te felicito ya! Pero ¿estás segura, y perdona la pregunta, estás completamente segura de que serás dichosa a su lado?

—Sin duda. Ya hemos convenido en que seremos la pareja más dichosa del mundo. Pero ¿estás contenta, Jane? ¿Te gustará que sea tu cuñado?

—Mucho, muchísimo; nada puede proporcionarnos mayor placer a Bingley y a mí. Pero tanto él como yo lo considerábamos imposible. Y tú ¿lo amas lo suficiente? ¡Oh, Lizzy, haz cualquier cosa antes de casarte sin estar enamorada! ¿De veras sientes lo que se debe sentir?

—¡Oh, sí! Mi amor es más profundo, quizá, de lo que debería ser.

### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página.*



—¿Qué quieres decir?

—He de confesarte que lo quiero más que tú a Bingley, aunque temo que esto te incomode.

—Hermana querida, te ruego que seas formal y que hables seriamente. Dime sin dilación cuanto haya de saber. ¿Desde cuándo lo amas?

—Ha ocurrido tan gradualmente que no sabría decirte cuándo empezó, pero si he de ponerle una fecha, creo que cuando vi sus hermosas posesiones de Pemberley.

Otro ruego de Jane en el sentido de que fuese formal produjo el ansiado efecto, y Lizzy pronto satisfizo a su hermana afirmando que su amor era sincero. Una vez convencida de este punto, Jane ya no podía desear más.

—Ahora soy completamente feliz —dijo—, porque lo serás tanto como yo. Siempre lo he apreciado. Aunque no fuera sino por el amor que siente por ti, siempre lo habría estimado; pero ahora, como amigo de Bingley y marido tuyo, no puede haber nadie sino Darcy y tú que seréis más caros a mi corazón. Pero, Lizzy, has sido muy callada, muy reservada conmigo. ¡Qué poco me hablaste de lo que ocurrió en Pemberley y en Lambton! Cuanto sé, se lo debo a otro, no a ti.

Lizzy expuso los motivos de su secreto. No había querido hablar de Bingley, y ésa había sido la principal causa de que también evitara pronunciar el nombre de su amigo. Pero ahora ya no quería ocultar la participación de éste en el casamiento de Lydia. Todo quedó expuesto, y así las dos hermanas se pasaron la mitad de la noche conversando.

—¡Dios mío! —exclamó Mrs. Bennet al asomarse a la ventana a la mañana siguiente—, ¡si ese desagradable Mr. Darcy no viniera más con nuestro querido Bingley! ¿Qué pretenderá con su odiosa insistencia en presentarse aquí? Ya podría irse a cazar o a hacer otra cosa, en lugar de molestarnos con su compañía. ¿Qué haremos con él? Lizzy, invítalo de nuevo a pasear, para que no importune a Bingley.

Lizzy apenas pudo evitar reír al escuchar proposición tan conveniente, por más que lamentara que su madre siempre se refiriera a Darcy con epítetos tan desagradables.

En cuanto ambos caballeros entraron, Bingley miró a Lizzy significativamente, dándole la mano con tal efusión que ella no tuvo dudas de que estaba al corriente de todo, y pronto dijo en voz alta:

—Mrs. Bennet, ¿no tiene usted por ahí otros caminos por los que Lizzy pueda extraviarse de nuevo?

—Recomiendo a Mr. Darcy, a Lizzy y a Kitty —dijo Mrs. Bennet— que esta mañana vayan a la montaña de Oakham. Es un paseo largo y precioso, y Mr. Darcy nunca ha contemplado ese panorama.

—Eso puede resultar agradable para Lizzy y mi amigo —replicó Bingley—, pero estoy convencido de que resultará excesivo para Kitty. ¿No es así, Kitty?

Ésta confesó que quería quedarse en casa; Darcy manifestó gran curiosidad por disfrutar de la vista que ofrecía la montaña, y Lizzy accedió en silencio. Cuando ésta subió para arreglarse, Mrs. Bennet la siguió diciendo:

—Lizzy, siento muchísimo que te veas obligada a soportar la compañía de persona tan desagradable; pero espero que no te importe; todo es por Jane, ya lo sabes, y, además, no hay por qué hablarle más que de vez en cuando. No te molestes.

Durante el paseo quedó resuelto que durante la velada se pediría a Mr. Bennet su consentimiento. Lizzy se reservó el anunciárselo a su madre. No imaginaba cómo lo tomaría; a veces dudaba de si toda la riqueza e influencia de Darcy serían suficientes para contrarrestar el odio que le profesaba. Pero tanto si acogía con entusiasmo la noticia como si la rechazaba, era seguro que lo haría de forma desatinada, y por eso a Lizzy le contrariaba el que Darcy tuviese que escuchar tanto sus muestras de entusiasmo como de desaprobación.

Por la tarde, poco después de que Mr. Bennet se hubiese retirado a su biblioteca, Darcy se levantó y lo siguió. Lizzy comenzó a sentirse presa de una intensa agitación. No temía la oposición de su padre, pero sabía que se sentiría desgraciado, y el que fuese ella, su hija favorita, quien lo afligiera con su elección, quien provocase en él temores y pesadumbres, la entristecía. Tales reflexiones duraron hasta que Darcy volvió a aparecer y hasta que, al mirarlo, quedó aliviada con su sonrisa. A los pocos minutos se aproximó a la mesa a la que estaba sentada con Kitty, y haciendo como que miraba su labor, le dijo al oído:

—Vaya con su padre; la necesita en la biblioteca.

Ella marchó de inmediato.

Su padre se paseaba por la estancia con aire grave y ansioso. —Lizzy —le dijo—, ¿qué haces? ¿Has perdido el juicio para aceptar a ese hombre? ¿No lo has odiado siempre?

¡Cuán vivamente habría deseado Lizzy que sus primeros juicios sobre Darcy hubieran estado más puestos en razón y que sus expresiones hubieran sido más moderadas! Le habría ahorrado ciertas explicaciones y confesiones que temía muchísimo hacer; pero ahora resultaban necesarias, y, así, le aseguró a su padre, no sin cierta confusión, su afecto hacia Darcy.

—Es decir, que estás decidida. Es rico, ciertamente; podrás disfrutar de más bonitos vestidos y de elegantes coches. Pero ¿te hará feliz?

—¿No tienes otra objeción que hacer —dijo Lizzy— sino el creerme indiferente?

—Ninguna más. Todos sabemos que es hombre orgulloso y desagradable, pero eso nada importa si lo quieres.

—Pues lo quiero, lo quiero —replicó ella con lágrimas en los ojos—. Lo amo. Y la verdad es que no es orgulloso sino muy amable. En realidad, nadie lo conoce, por eso te suplico que no me apenes hablándome de él en esos términos.



—Lizzy —añadió su padre—, le he dado mi consentimiento. Es hombre a quien no rehusaría jamás nada que quisiera pedirme. Ahora, te lo entrego si estás resuelta a tomarlo. Pero déjame advertirte que lo pienses mejor. Sé que no podrás ser dichosa ni respetable si no amas a tu marido, si no lo consideras como a un ser superior. Tu temperamento te colocaría en los mayores peligros con un matrimonio desigual; con dificultad evitarías el descrédito y la desgracia. Hija mía, no me des el sinsabor de verte incapaz de respetar al compañero de toda tu vida. No sabes a lo que te expones.

Lizzy, todavía más afectada, estuvo vehemente y solemne en su contestación, y al fin, con repetidas aseveraciones de que Darcy era el objeto de su elección, con exponer el cambio gradual que había experimentado en cuanto a su estimación, con hacer constar la seguridad absoluta de que el afecto de él no era cosa de un día, sino que había resistido la prueba de muchos meses, y enumerar con energía todas sus cualidades, venció la incredulidad de su padre, logrando reconciliarlo con la idea de ese casamiento.

—Bien, querida mía —le dijo él cuando terminó de hablar—, no tengo más que decirte; si es así, te merece. No te habría entregado, Lizzy mía, a otro que valiera menos.

Para completar la impresión favorable refirió entonces a su padre lo que Darcy había hecho espontáneamente por Lydia.

—¡Ésta es noche de asombros! ¿De modo que Darcy lo hizo todo: llevó a cabo el casamiento, dio el dinero, pagó las deudas de ese individuo y compró su empleo? Tanto mejor; me ahorrará molestias y privaciones. Si hubiera sido cosa de tu tío habría tenido que pagarle, y lo habría hecho, pero estos jóvenes enamorados lo hacen todo en un abrir y cerrar de ojos. Mañana le ofreceré pagarle, él protestará y se enfadará en nombre del amor que te profesa, y así concluirá la cuestión.

Recordó entonces Mr. Bennet la turbación de Lizzy cuando le leía la carta de Collins, y tras gastarle algunas bromas, le permitió marcharse, diciéndole cuando abandonaba la estancia:

—Si viene algún caballero por Mary o Kitty, envíamelo, que estoy disponible para todos.

Infinitamente más tranquila, y tras reflexionar por media hora en su habitación, Lizzy se halló en disposición de unirse a los demás con expresión normal. Era todo demasiado reciente y costaba reprimir la alegría, pero la velada transcurrió con tranquilidad; nada más tenía que temer, y el bienestar del reposo y de la familiaridad vendrían a su tiempo.

Cuando su madre volvió a su dormitorio por la noche, le dio la importante noticia. Su efecto fue extraordinario, porque al principio Mrs. Bennet quedó anonadada al escucharla, incapaz de articular palabra; y no fue sino tras muchos minutos que atinó a comprender lo oído, aun cuando por lo general no era reacia a creer lo que se refiere a las ventajas de su familia o a cuanto significase noviazgo para una de sus hijas. A la postre comenzó a recobrase, a mostrarse agitada, a levantarse y volver a sentarse, a admirarse y congratularse:

—¡Dios mío! ¡Dios me bendiga! ¡Oh, querida mía! ¡Mr. Darcy! ¡Quién lo habría pensado! ¡Oh, mi queridísima Lizzy, qué rica e importante vas a ser! ¡Qué joyas, qué carruajes tendrás! ¡Lo de Jane no vale nada, nada en absoluto! ¡Estoy tan contenta, soy tan feliz! ¡Qué hombre tan encantador, tan guapo, tan apuesto! ¡Oh, mi querida Lizzy, dispénsame por haberme disgustado tanto antes, supongo que él lo hará! ¡Querida, querida Lizzy! ¡Una casa en la capital! ¡Todo lo apetecible! ¡Tres hijas casadas! ¡Diez mil libras anuales! ¡Oh, Dios mío!, ¿qué va a ser de mí? Voy a enloquecer.

Eso era suficiente para demostrar que su aprobación no había de ponerse en duda, y Lizzy, satisfecha de que tales efusiones no hubieran sido oídas más que por ella, se marchó pronto. Pero no llevaba tres minutos en su habitación, cuando entró su madre.

—¡Queridísima hija —exclamó—, no puedo pensar en otra cosa! ¡Diez mil libras anuales, y acaso más! ¡Eso es tan bueno como un lord! ¡Y un privilegio! ¡Habrás de casarte con licencia especial! Pero, queridísimo amor mío, ¿a qué plato que yo pueda preparar mañana es especialmente aficionado Mr. Darcy?

Aquello era mal presagio de lo que prometía ser la conducta de su madre para con el caballero, y Lizzy supo que, aun viéndose en posesión de su más caluroso afecto y segura del consentimiento de su propia familia, aún tenía algo que desear. Pero la mañana transcurrió mejor que se esperaba, porque, felizmente, su futuro yerno infundía tal temor a Mrs. Bennet, que ésta no osaba hablarle sino cuando podía dedicarle alguna atención o asentía con monosílabos ante lo que decía.

Lizzy tuvo la satisfacción de ver que su padre se afanaba por intimar con él, y aun le aseguró que cada día crecía en su estima.

—Admiro a mis tres yernos —decía—. Wickham acaso sea mi favorito; pero creo que tu marido me gustará tanto como el de Jane.

*¿Qué temas has identificado?*

*¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?*



## Capítulo 60

Una vez recobrada la tranquilidad, Lizzy pidió a Darcy que le contase cómo se había enamorado de ella.

—¿Cuál fue el principio? —preguntó—. Comprendo que siguieras una vez que habías comenzado, pero ¿qué te movió al principio?

—No puedo concretar la hora, ni el sitio, ni la mirada, ni las palabras que asentaron los fundamentos. Hace ya bastante tiempo. Cuando me di cuenta de que había principiado, me hallaba ya a medio camino.

—En cuanto a mi belleza, pronto se te resistió, y por lo que toca a mis modales, mi conducta para contigo lindaba por lo menos con lo descortés, nunca te dirigí la palabra sin sentir más deseos de ocasionarte pena que de dejarte en paz. Sé, pues, franco; ¿me admiraste por mi impertinencia?

—Por la vivacidad de tu carácter.

—Puedes llamarla impertinencia desde luego, pues era poco menos que eso. El hecho es que estabas harto de cortesías, de deferencias, de atenciones. Te disgustaban las mujeres que hablaban, miraban y pensaban siempre sólo para conseguir tu aprobación. Yo te irrité y te interesé por no parecerme a ellas. Por eso me habrías odiado si no hubieras sido, en realidad, digno de que se te amase; pero a pesar del esfuerzo que te tomaste en disfrazarte, tus sentimientos fueron nobles y justos, y desde el fondo de tu corazón despreciabas a las personas que te cortejaban con tanta asiduidad. Mira cómo te he ahorrado el trabajo de contármelo; y en verdad que, considerando todo, comienzo a tenerlo por perfectamente razonable. Estoy segura de que no reconoces ahora en mí ninguna bondad positiva, pero nadie piensa en eso cuando está enamorado

—¿No había bondad en tu afectuosa conducta para con Jane cuando estaba enferma en Netherfield?

—¡Mi queridísima Jane!, ¿quién podría haber hecho menos por ella? Pero tómallo por virtud si quieres. Mis buenas cualidades quedan bajo tu protección y tú estás para exagerarlas cuanto sea posible. En cambio, a mí me corresponde encontrar ocasiones de contrariarte y de disputar contigo tan a menudo como pueda; de modo que empezaré por preguntarte: ¿qué te hacía dar tantos rodeos? ¿Por qué te mostraste tan tímido cuando nos visitaste por primera vez, y luego cuando comiste aquí? ¿Por qué, en especial al mirarnos, disimulabas el que yo te importase?

—Porque te veía seria y silenciosa y no hacías nada para alentarme. —Pero es que estaba azorada. —Y yo también. —Bien podías haberme hablado más cuando viniste a comer.

—Lo habría hecho cualquiera que estuviese menos emocionado que yo.

### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página.*





—¡Qué desgracia que siempre tengas una respuesta razonable, y que yo sea también tan razonable como para admitirla! ¡Pero me admira lo Eterno que habría sido esto por ti! ¿Cuándo me habrías hablado si yo no hubiera dado el primer paso? Mi resolución de agradecerte tu bondad para con Lydia produjo buen efecto; demasiado: estoy asustada, porque ¿qué va a ser de la moral si nuestra felicidad brotó del incumplimiento de una promesa? Yo no debía haber mencionado ese tema. Nunca más lo haré.

—No debes atormentarte: la moral quedará a salvo. El injustificable proceder de lady Catherine para separarnos fue el medio de remover todas las dudas. No debo mi actual dicha a tu vehemente deseo de expresar tu gratitud, no estaba de humor para esperar que me dijese nada; el relato de mi tía me había prestado esperanzas, y hallábame decidido a saberlo todo de una vez.

—Lady Catherine nos ha sido de infinita utilidad, lo que debería hacerla feliz, ya que le gusta ser útil. Pero, dime, ¿por qué volviste a Netherfield? ¿Fue sólo para venir a Longbourn a azorarte o habías pensado en resultado más serio?

—Mi verdadero propósito era verte y juzgar si debía abrigar aún esperanzas de que me amases. Lo que confesaba, o me confesaba a mí mismo, era ver si tu hermana estaba aún interesada por Bingley, y de ser así manifestarle lo que con anterioridad había hecho.

—¿Tendrás el valor de anunciar a lady Catherine lo que le espera? —Probablemente me falte tiempo antes que valor, Lizzy. Pero hay que hacerlo, y si me das una hoja de papel, lo haré en este mismo instante.

—Y si yo no tuviera otra carta que escribir podría sentarme a tu lado y admirar tu hermosa letra, como cierta señorita hizo en otra ocasión. Pero también tengo una tía de la que no puedo olvidarme por más tiempo. Por no querer confesar cuánto se había exagerado su intimidad con Darcy, Lizzy aún no había contestado la larga carta de Mrs. Gardiner, pero ahora, que estaba en condiciones de comunicar lo que sería muy bien recibido, casi se avergonzaba de comprobar que sus tíos habían sido privados de tres días de satisfacción, y al punto escribió lo que sigue:

Te habría dado antes, cual era mi deber, querida tía, las gracias por tu larga, amable y satisfactoria relación del hecho que sabes, pero, a decir verdad, estaba demasiado afligida para escribir. Pero ahora, supón lo que quieras, da rienda suelta a tu fantasía, deja volar la imaginación y, menos creerme ya casada, no podrás errar mucho. Pronto volverás a escribirme para encomiarme aún más de lo que lo hacías en tu última carta. Agradezco una y mil veces el no haber ido a los Lagos; ¿cómo pude ser tan necia que lo deseara? Tu idea de las jacas es deliciosa; recorreremos el parque todos los días. Soy la mujer más feliz del mundo. Quizá otros lo habrán dicho, pero ninguno con tanta verdad. Soy más feliz incluso que Jane; ella sólo sonrío, yo río. Darcy te envía cuanto cariño puede escatimarme a mí. Habéis de venir todos a Pemberley en Navidad.  
Tu, etc.



La misiva de Darcy a lady Catherine fue de otro estilo, y diferente de ambas ésta que Mr. Bennet envió a Collins en contestación a la suya:

Querido primo:

Tengo que molestarte una vez más por cuestión de enhorabuenas: Lizzy será pronto la esposa de Mr. Darcy. Consuela a lady Catherine lo mejor que puedas; pero, yo que tú, me quedaría con el sobrino: tiene más que dar.

Tu afectísimo, etc.

La carta de felicitación que Miss Bingley envió a su hermano por su próximo casamiento fue tan afectuosa como falta de sinceridad. Hasta escribió a Jane con tal motivo, exponiéndole su satisfacción y repitiéndole sus anteriores seguridades de cariño. Jane no se engañó, pero la agradeció, y aun sin sentir confianza con ella, no pudo evitar el remitirle una contestación mucho más amable de la que, en su opinión, merecía.

La alegría de Miss Darcy al recibir la noticia fue tan sincera como la de su hermano al comunicársela. Cuatro páginas de papel parecían insuficientes para expresar su satisfacción y su ardiente deseo de merecer el cariño de su cuñada.

Antes de que llegase la respuesta de Collins ni felicitación de su esposa para Lizzy, la familia de Longbourn oyó que los Collins en persona iban a venir a casa de los Lucas. La razón de viaje tan repentino pronto fue conocida por todos. Lady Catherine se había enfadado tanto con el contenido de la carta de su sobrino, que Charlotte, que de veras se alegraba del casamiento, deseaba marcharse hasta que pasara la tempestad. En semejante ocasión, la llegada de su amiga fue un verdadero placer para Lizzy, aunque en el curso de sus entrevistas hubo de sentir, a veces, menguado semejante placer al ver a Darcy expuesto a la pomposa y molesta cortesía del marido de aquélla. Pero Darcy lo soportó con admirable calma. Hasta pudo escuchar también a sir William Lucas cuando le cumplimentó por llevarse la más brillante joya de la comarca y le comunicó sus esperanzas de encontrarse con frecuencia en St. James. Si se encogió de hombros fue sólo después de perder de vista a sir William.

La vulgaridad de Mrs. Philips fue otra, y quizá la mayor, de las contribuciones impuestas a su paciencia; y aunque dicha señora, lo mismo que su hermana, le profesaba sobrado respeto para hablarle con la familiaridad a que el buen humor de Bingley prestaba alientos, no obstante, cuando hablaba no podía evitar resultar vulgar. Ni el respeto a él, que la hacía más moderada, pudo tornarla más distinguida. Lizzy hacía cuanto podía para protegerlo de todos, pues ansiaba tenerlo siempre para sí y para aquellos de su familia que hablaran con él sin mortificarlo, y aunque los sentimientos molestos que de todo eso brotaron quitaron al período de noviazgo muchos de sus placeres, añadieron mayores esperanzas para el futuro, y así ella pensaba con creciente embeleso en el momento en que estuviesen lejos de un ambiente que tanto les desagradaba, disfrutando de la comodidad y elegancia de la vida familiar de Pemberley.

*¿Qué temas has identificado?*

*¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?*



## Capítulo 61

Dichoso para sus sentimientos maternales fue el día en que Mrs. Bennet se separó de sus dos más beneméritas hijas.

Es de suponer con cuán delicioso orgullo visitó después a Mrs. Bingley y habló de Mrs. Darcy. Deseo poder decir, por consideración a su familia, que el cumplimiento de sus más caros anhelos con el casamiento de tres de sus hijas produjo el dichoso efecto de tornarla mujer sensible, amable y cabal para toda su vida; pero acaso fuera una suerte para su marido, quien no habría podido disfrutar de la felicidad doméstica de manera tan desusada. A pesar de todo, continuó nerviosa en ocasiones e invariablemente estúpida.

Mr. Bennet echó mucho de menos a su segunda hija; el afecto especial que siempre había sentido por ella lo impulsaba a salir de casa más a menudo que de costumbre. Le gustaba ir a Pemberley, en especial cuando menos lo esperaban.

Bingley y Jane permanecieron en Netherfield por un año. Vecindad tan próxima a su madre y a los parientes de Meryton no resultaba apetitosa para el temperamento sencillo de él ni para el enamorado corazón de ella. Entonces quedó satisfecho el deseo favorito de las hermanas de Bingley: compró éste una finca en un condado cercano al de Derby, y Jane y Lizzy vieron colmada su felicidad al vivir separadas sólo por treinta millas una de otra.

Kitty se aprovechó de la situación de las hermanas mayores y pasaba todo el tiempo que podía con ellas. En sociedad tan superior a la que conociera de ordinario, fue grande su progreso. Su temperamento no era tan indomable como el de Lydia, y libre del influjo del ejemplo de ésta, llegó, con atención y dirección convenientes, a ser menos irritable, menos ignorante y menos superficial. Como era natural, se procuró evitarle la compañía de Lydia, y así, aunque Mrs. Wickham la invitó con frecuencia a su casa con la promesa de bailes y amigos, su padre nunca consintió que fuese.

Mary fue la única que siguió en la casa, y, necesariamente, se vio obligada a prodigar sus atenciones a Mrs. Bennet, que no sabía estar sola. Tuvo por eso que mezclarse más con el mundo; pero aún pudo filosofar sobre las visitas matutinas, y como nadie la mortificaba ahora comparando su belleza con la de sus hermanas, su padre sospechó que se adoptaba a la nueva situación sin disgusto.

En cuanto a Wickham y Lydia, su modo de ser no sufrió cambio alguno por los casamientos de sus hermanas. Él sobrellevaba con la mayor presencia de ánimo la convicción de que Lizzy conocería ahora cuanto se refería a su vida pasada, y, no obstante, abrigaba la esperanza de que Darcy lo ayudaría a hacer fortuna. La carta de felicitación que Lizzy recibió de Lydia por su matrimonio, le dio a conocer que semejante esperanza era acariciada, si no por él mismo, al menos por su mujer. La carta rezaba:

### Notas

*Subraya las citas importantes.*

*Escriba la resumen de cada página*



Mi querida Lizzy:

Te deseo alegría. Si amas a Darcy la mitad que yo a mi querido Wickham, serás muy dichosa. Es una gran suerte saber que eres tan rica, y cuando no sepas qué hacer, espero que te acuerdes de nosotros. Estoy segura de que a Wickham le gustaría muchísimo un destino en la corte, y no creo que tengamos dinero suficiente para vivir allí sin ninguna ayuda. Me refiero a una plaza de trescientas o cuatrocientas libras anuales aproximadamente; pero, de todos modos, no hables de ello a Darcy si no lo ves posible.  
Tu, etc.

Y como ocurría que Lizzy lo veía muy poco posible, en su contestación trató de poner fin a todo ruego y esperanza de tal género. Pero algún alivio, tal como podía proporcionárselo, practicando lo que podría llamarse economía doméstica, le envió con frecuencia. Siempre había sido evidente que ingresos como los de Wickham administrados por dos personas tan derrochadoras y despreocupadas por el porvenir, habían de resultar muy insuficientes; y siempre que se mudaban era seguro que Jane o ella recibían alguna súplica de auxilio para pagar sus cuentas. Su modo de vivir, aun después que el restablecimiento de la paz lo confinase a un hogar, era en extremo desordenado. Siempre andaban cambiándose de un sitio a otro en busca de estancia más barata, gastando más de lo que podían. El afecto de él se convirtió pronto en indiferencia; el de ella duró un poco más, y a pesar de su juventud y de su aire, conservó todos los derechos a la reputación que su matrimonio le había granjeado.

Aunque Darcy nunca recibió a Wickham en Pemberley, lo ayudó a progresar en su carrera por consideración a Lizzy. Lydia les hizo alguna visita ocasional mientras su marido iba a divertirse a Londres o a los baños, y con los Bingley pasaban tanto tiempo que hasta el buen humor de éste se acabó y llegó a hablar de insinuarles que se marcharan.

Miss Bingley se sintió muy mortificada por el casamiento de Darcy; pero en cuanto se creyó con derecho a visitar Pemberley se mostró más afectuosa a Georgina que nunca, casi tan atenta con Darcy como hasta entonces, y pagó todos sus atrasos de cortesía a Lizzy.

Pemberley fue la morada de Georgina, y el afecto que profesaba a su hermana era tal como Darcy había esperado. Ambas fueron capaces de quererse mutuamente cuanto deseaban. Georgina tenía la más elevada idea de Lizzy, aunque al principio se asombrase y casi se alarmara al escuchar la manera juguetona de hablar que empleaba con su hermano, pues a ella siempre le había inspirado tal respeto que casi sobrepasaba al cariño, y ahora lo veía objeto de francas bromas. Pero Lizzy le hizo comprender que debía tranquilizarse, pues una mujer puede tomarse con su marido libertades que un hermano jamás puede tolerar de una hermana diez años menor que él.

Lady Catherine se indignó mucho con el casamiento de su sobrino; y como abrió la puerta a su genuina franqueza al contestar a la carta en que él le comunicaba su compromiso, usó un lenguaje tan extremado, en especial al referirse a Lizzy, que por un tiempo cesó toda relación. Pero al final, por influencia de Lizzy, se dejó persuadir de perdonar la ofensa y buscó una

reconciliación; y tras algo más de resistencia por parte de su tía, el resentimiento de ésta cedió ya por afecto hacia él, ya por curiosidad de ver cómo se conducía su esposa, y así se dignó visitarlos en Pemberley, a despecho de la contaminación que sus bosques habían sufrido no sólo con la presencia de semejante dueña, sino por las visitas de sus tíos desde la capital.

Con los Gardiner siempre estuvieron unidos por lazos de íntima amistad. Tanto Darcy como Lizzy les profesaban cariño sincero. Ambos les estaban muy agradecidos, pues no olvidaban que habían sido quienes, al llevar a Lizzy al condado de Derby, habían facilitado su anhelado matrimonio.

*¿Qué temas has identificado?*

*¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?*

*Fuente:*

Austen, Jane. (1813). *Orgullo y prejuicio*. [Pride and Prejudice]. (A.M. Rodríguez, Trans.). Penguin. ePub r.1.1.  
<https://alicialectura.com/wp-content/uploads/2024/10/Orgullo-y-prejuicio- trad.-Ana-Maria-Rodri-Jane-Austen.pdf>

